Manuel Vicent

LOS ÚLTIMOS MOHICANOS

Ilustraciones de FERNANDO VICENTE



Manuel Vicent

LOS ÚLTIMOS MOHICANOS

Ilustraciones de FERNANDO VICENTE



ALFAGUARA



LOS ÚLTIMOS MOHICANOS

Ilustraciones de FERNANDO VICENTE



SÍGUENOS EN

megustaleer


@Ebooks


@megustaleer


@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ



El exceso como unidad de medida



Llevaba el cuello de la camisa vuelto por fuera a lo Byron, pero, lejos de la cojera romántica y el elegante diseño óseo del poeta inglés, el nuestro era un escritor despechugado en todos los sentidos, apaisado y sensual, que se movió siempre entre la convulsión de la política, la torrentera del periodismo de combate, el éxito literario a granel y los placeres del moro valenciano en chaqueta de pijama coronado por el cuerno de la abundancia.

Vicente Blasco Ibáñez había nacido muy cerca del Mercado Central de Valencia, en el número 8 de la calle de la Jabonería Nueva, el 29 de enero de 1867, hijo de Gaspar y Ramona, procedentes de Aragón, propietarios de una tienda de comestibles, un pobre establecimiento en cuya lóbrega trastienda había sacos de arroz, azúcar y otros abarrotes. La calle estaba habitada por menestrales modestos, zapateros, drogueros y tenderos de paños. Esa era su gente. Entre gritos de buhoneros y flautas de afiladores, por delante de su casa pasaba la mesocracia valenciana con una cesta en el brazo camino del mercado, murmurando siempre contra la carestía de la vida. Esas criaturas poblarían después la novela *Arroz y tartana* y en el futuro se convertirían en votantes naturales del partido republicano populista que fundó el escritor, quien por instinto siguió siempre este principio: si tienes la llave del mercado, tendrás en tu poder el alma de Valencia.

Una tía de su madre, la señora Vicenta, natural de Calatayud, estaba de criada o ama de llaves en casa de Mariano de Cabrerizo, político revolucionario, editor y librero, también aragonés. Al pequeño Vicente solían llevarlo a pasar las tardes de verano a su chalé de la Alameda, rodeado de una soleada huerta con gallinas, y tal vez allí el niño fue inoculado con el germen de la política y de la literatura por este personaje atrabiliario convertido en su protector.

Pronto comenzó Blasco Ibáñez a derramar el alma. Con veinte años y estudios de Derecho se fue a Madrid a verlas venir. En el café de Zaragoza de la calle de Atocha se encontró casualmente con el exitoso folletinista Manuel Fernández y González; llevado por un impulso, Blasco se acercó a su mesa y, después de rendirle la consabida pleitesía, a bote pronto se le ofreció como negro y amanuense a tanto la página. Fue aceptado en el acto, debido a su simpatía natural, y a renglón seguido el pulso de Blasco Ibáñez comenzó a manar folletines llenos de marquesas enamoradas y truhanes alevosos, escritos a dos o

a cuatro manos en un par de horas, un ejercicio que le sirvió para aprender a no pararse en barras con tal de dar velocidad a la pluma de forma que levantara vuelo el día de mañana. En ese momento el aprendiz de escritor ya era un agitador en los mítines republicanos, reventador de rosarios de la aurora y duelista irreflexivo a quien en una ocasión la hebilla del cinturón le detuvo la bala que le iba directa al bandullo. Fugitivo de la policía, probó por primera vez el exilio en Francia después de una detonante soflama contra el Ejército, la monarquía o la Iglesia, los tres frentes de su perenne combate.

En 1895, con veintiocho años, de regreso a Valencia, su alma exhaustiva comenzó a vaciar —de noche, hasta la madrugada— sobre la mesa de redacción artículos incendiarios para el diario *El Pueblo* que acababa de fundar. Perseguido de nuevo por soliviantar a las masas contra la guerra de Cuba, se refugió en el entresuelo de una taberna del puerto, propiedad de un correligionario, donde permaneció cuatro días encerrado sin poder asomarse a la calle. El tabernero le proporcionó pluma, una botellita de tinta violeta y unos cuadernos escolares rayados, y a la luz de un candil, para entretener el ocio, Blasco Ibáñez escribió el relato de una reyerta que había habido poco antes entre labradores y propietarios de tierras en la huerta de Alboraia y que acabó en tragedia. Lo tituló *Venganza moruna.* Disfrazado de marinero, una noche huyó en un barco rumbo a Italia. El cuaderno quedó abandonado y tiempo después se publicó la historia con el título de *La barraca.* Blasco Ibáñez, convertido ya en una maquinaria literaria, escribió en el exilio de Italia *En el país del arte,* con una apasionada improvisación que fue el orden de su vida.

Tocó todos los palos literarios en medio del fragor periodístico. Las pasiones de la huerta, el fango moral de la albufera, el drama de los pescadores del Grao, la vida entre naranjos de la ribera del Júcar, la mitología de Sagunto, la burguesía valenciana del Mercado Central, el Papa Luna, los Borgia, el *Mare Nostrum,* la sangre y la arena, toda clase de amores lascivos, la vuelta al mundo de un novelista… Pero el éxito internacional le llegó cuando *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* le alcanzaron por la espalda. Blasco Ibáñez fue el primer *best seller* mundial, el primero que cobró a tanto la palabra. Mientras los escritores de la generación del 98 echaban una firma al brasero de picón de la mesa camilla e hilaban su pesimismo amargo con una manta en las rodillas, Blasco, coronado de oro, se hacía edificar un caserón en la playa de la Malvarrosa con terraza interior sostenida con cariátides y escribía en una mesa larga de mármol de Carrara con cuatro leones mesopotámicos a los pies. Parecía que tenía el gusto supremo de hacerse odiar. Otros escritores se disputaban una sardina con su gato; en cambio, Blasco Ibáñez llegaba a Madrid pletórico de éxito, con todas sus novelas pasadas al cine de Hollywood e

interpretadas por Rodolfo Valentino y Greta Garbo, entre otros, y sin contar con su orgullo se empeñaba en invitar a almorzar a unos plumíferos que él suponía muertos de hambre.

Con cuarenta y tres años, el éxito internacional hizo que un millón de personas lo recibiera en el puerto de Buenos Aires y lo llevara entre aclamaciones en volandas hasta la Casa Rosada. El presidente argentino le facilitó grandes extensiones de tierra en Río Negro —en la Patagonia— y en la provincia de Corrientes a merced de su albur. En primera página de su diario *El Pueblo* apareció este titular a cuatro columnas: «El porvenir de España está en Argentina». Fue el señuelo para embarcar a amigos y simpatizantes, agricultores valencianos, en un proyecto de colonización agrícola —bautizado como Nueva Valencia y Cervantes— que acabó en absoluta ruina, pero Blasco Ibáñez ya estaba en París balanceándose en su propia desmesura tras dejar a los socios con los bolsillos vacíos.

Sus novelas brotaban editadas por su propio sello Prometeo, compartida con su socio Sempere. Su olfato de perdiguero literario y de periodista polémico seguía tumbando todos los temas de éxito mientras echaba los naipes del deseo con amantes renovadas, todas metidas en carnes floridas como su propia literatura, una de ellas la maternal Pardo Bazán, compartida con Pérez Galdós. Exiliado de nuevo por el favor de Primo de Rivera, se instaló en la Costa Azul y en Menton adquirió la villa Fontana Rosa, y otra vez coronó su imaginación con escalinatas de mármol, pérgolas, ninfas, bustos de escritores famosos y dólares que le salían por el cuello despechugado. Murió en Menton el 28 de enero de 1928, a causa de una bronconeumonía. Cuando la noticia llegó a Madrid, en la tertulia de la Granja El Henar exclamó Valle-Inclán: «¿Ha muerto Blasco Ibáñez? Nada. Pura publicidad». El 29 de octubre de 1933, en plena República, su cuerpo fue traído a Valencia y el entierro se produjo bajo el fervor de las masas blasquistas. En una de las crónicas se pudo leer que el féretro del escritor iba cubierto con una señora. La errata había cambiado el nombre de la señera por el de una mujer. Fue el último homenaje que al escritor más exitoso de nuestra historia le dedicó la imprenta.

MIGUEL DE UNAMUNO



Siempre en guerra contra sí mismo



Puesto que este intelectual desangró su inteligencia entre la tragedia y la agonía, hay que iniciar su vida por el final. Miguel de Unamuno murió el 31 de diciembre de 1936, en plena Guerra Civil, con el país en llamas. Después de su famoso enfrentamiento con el espadón Millán-Astray en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, el 12 de octubre, Día de la Raza, Unamuno fue expulsado de su cargo de rector y quedó secuestrado en su propio domicilio. En la puerta había un falangista de guardia que no dejaba entrar a nadie. Cuenta el periodista Luis Calvo que un día consiguió romper esa barrera y se encontró con Unamuno dando puñetazos en la mesa, fuera de sí. Soltaba imprecaciones contra los falangistas que lo tenían amordazado, y no paraba de gritar que una noche se iba a ir a pie por una carretera de segundo orden que él conocía muy bien hasta Portugal y desde allí embarcaría a América para decirle a todo el mundo que los nacionales estaban fusilando en Salamanca a muchos de sus colegas y que cometían más animaladas que los rojos.

Otro falangista amigo suyo, Bartolomé Aragón Gómez, solía acudir a su casa para darle conversación alrededor de la mesa camilla, disimulando así su arresto domiciliario. Una tarde, mientras la criada Aurelia estaba planchando, Unamuno vaciaba su cólera contra los desmanes de Mola, Millán-Astray y Martínez Anido, aunque no contra Franco, al que había visitado inútilmente para salvar de la muerte a algunos de sus conocidos. Al final de su larga invectiva guardó silencio e inclinó la cabeza. El amigo pensó que se había dormido, pero en ese momento la habitación comenzó a oler a chamusquina. Una babucha de don Miguel estaba ardiendo con el fuego del brasero de cisco. Había muerto.

En ese tiempo, como la zapatilla de Unamuno, también ardía España entera, y en medio de la tragedia nacional había que imaginar a este rebelde ibérico con la cabeza perdida cabalgando su propia locura por campos polvorientos de Salamanca hacia ninguna parte. Ese fue su destino. Había pasado la vida luchando contra esto y aquello, pero en el fondo no había peleado más que contra sí mismo, sin otra obsesión —nada menos— que la de ser inmortal frente a la divinidad. «Que luchen como lucho yo, y entre todos algún pelo de secreto arrancaremos a Dios.»

Unamuno amaba las paradojas como fuente inédita de

conocimiento. ¿Qué es una paradoja? Lanzas una verdad consabida o un lugar común al aire, le pegas un escopetazo, la pieza cae sobre el sembrado, al principio creías que era una perdiz, pero siempre es una sorpresa lo que te trae en la boca el perdiguero. Vástago de una familia muy prolífica de pasteleros de Vergara, Unamuno era un bilbaíno hirsuto, un cascarrabias lírico con talante puritano y misógino, chapado a la antigua. «El hombre que se entrega a perseguir mujeres acaba por entontecerse. Las artes de que tiene que valerse son artes de tontería», escribió. Por su parte, también engendró una numerosa prole que tuvo que alimentar fabricando a destajo artículos, ensayos y novelas con una agonía que nada tenía que ver con la del cristianismo, sino con la propia angustia de tener que tapar muchas bocas estirando el sueldo a duras penas hasta final de mes. Vivía sin tregua. Era un proselitista que pretendía excitar la rebeldía en los jóvenes; lo contrario que Ortega, quien solo buscaba en ellos la inteligencia clara.

El escultor Cristino Mallo conoció a Unamuno en Salamanca, cuando estaba allí de profesor en la Escuela de Artes y Oficios. «Era de rigor rendirle una visita a don Miguel con todo el respeto del mundo y no como ahora, que cualquier idiota se te acerca a la tertulia a molestar. Recuerdo que una vez llegó el pintor Gutiérrez Solana a hacerle un retrato por encargo del ministerio y yo le acompañé a que tomara unos apuntes y lo hizo sobre una caja de puros. Al salir de la casa de Unamuno dijo: "Hay que ver lo inteligente que es este hombre. Lo único que me molesta es la cara color caldero de cobre que tiene". Dio en el clavo, Unamuno era muy colorado y con el pelo blanco aún resaltaba más.» Su primera vocación había sido la de pintor. Tenía mucha destreza para el dibujo; en cambio, nunca acertaba con el color, la misma dificultad que Solana encontró con la piel de su cara. Debido a eso, dejó la pintura y se hizo intelectual de guardia a tiempo completo. Vestía como un pastor protestante, el jersey negro hasta la nuez, el cuello de la camisa blanca como alzacuellos, y su rostro aproado con la barba hirsuta lo convertía en la propia lanza.

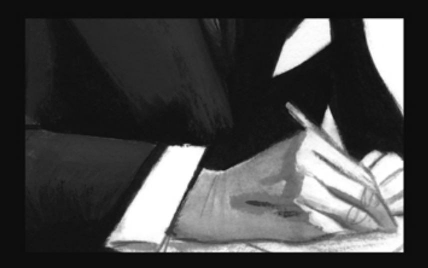
Dividido entre el pensamiento combativo y la politiquería ratonera de concejal, diputado y aspirante a presidente de la República, es difícil encontrar algo, alguien, institución, ideología, régimen, causa, programa, creencia, a los que Unamuno no se hubiera enfrentado después de haberlos abrazado con las armas de su personalidad conflictiva. Dejando de lado su brillante historial académico, la cátedra de griego, el cargo de rector de la Universidad de Salamanca, lo más interesante de Unamuno es el río convulso de su espíritu. Esas aguas bravas inundaron los periódicos de la época, *El Imparcial, El Sol, La Nación* de Buenos Aires, todas las revistas literarias, y se

remansaban en tertulias de Ateneo, en las del café Novelty de Salamanca, hasta vaciarse. Era un paseante obsesivo que solía atormentar a su acompañante con largos soliloquios que al día siguiente se convertían en artículos o bocetos de ensayos, e incluso sonetos.

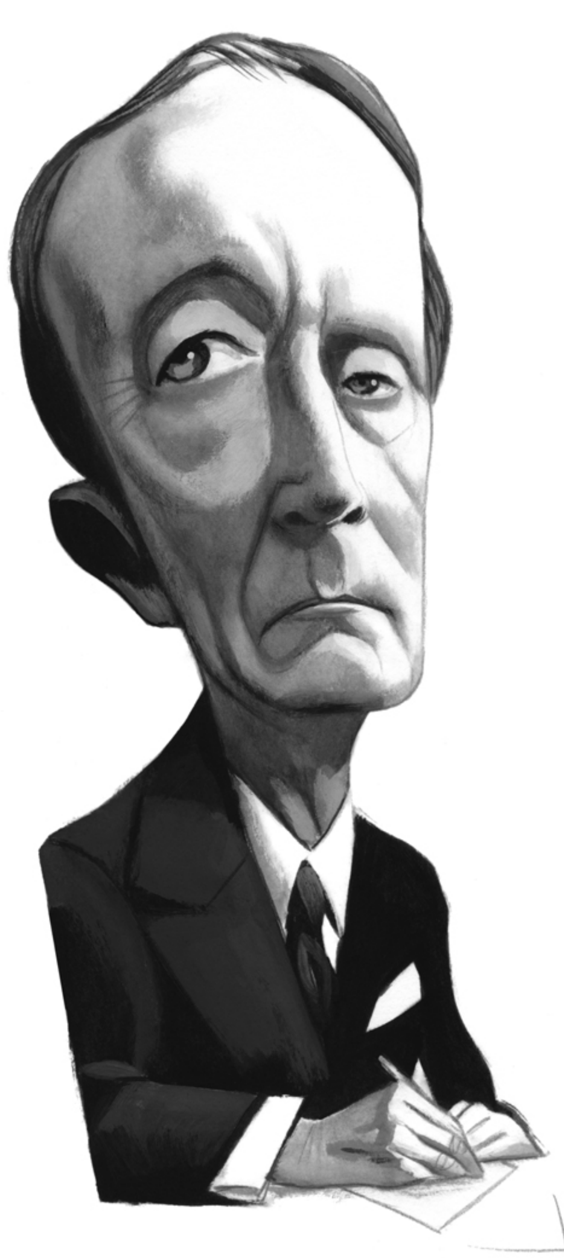
Al principio fue socialista y se enfrentó con los nacionalistas. Decía: «Cuando entro en el casino la tertulia de devotos de Sabino Arana deja de hablar euskera, porque saben que yo me doy cuenta de que lo hablan mal». En el flanco político, pronto tomó al rey Alfonso XIII como muñeco de barracón de feria a batir y al dictador Primo de Rivera como objetivo de su lanza de Quijote; en el flanco religioso trataba de meter los dogmas de la Iglesia con calzador en la horma del orden moral y convirtió la duda nebulosa de Kierkegaard en una guía azarosa de la fe, y mientras los anatemas de los obispos lo fortalecían, el destierro en Fuerteventura acabó por hacerlo muy popular. En la isla remansó su lirismo hasta que, harto de viento y soledad, se fugó en un barco para recalar en París. Allí se disolvió en las tertulias del café La Rotonde con otros exiliados —Blasco Ibáñez, Corpus Barga— o en los banquetes del Pen Club con Saint-John Perse, Pirandello, Joyce. Del exilio de París pasó a Hendaya. Cuando cayó la monarquía fue recibido en Madrid en medio de un vendaval de popularidad. Tuvo un voto para ser presidente de la República, pero pronto comenzó a zaherir la nueva política, arremetió contra el Frente Popular y saludó el Alzamiento como la salvación de España, desvanecido en elogios a la limpia espada de Franco.

Las imágenes de ese tiempo de entreguerras siempre nos devuelven la figura de Unamuno en la presidencia de los propios homenajes o envejeciendo rodeado de hijos y nietos. Había nacido en 1864, en la calle de la Ronda de Bilbao, y su primera memoria fueron las bombas del asedio de la ciudad por las tropas carlistas. Su muerte se produjo en Salamanca, bajo el incendio de una Guerra Civil. Principio y fin. Como escribió Antonio Machado: «Unamuno ha muerto repentinamente, como el que muere en guerra. ¿Contra quién? Quizá contra sí mismo». Así reza su epitafio: «Méteme, Padre eterno, en tu pecho, misterioso hogar. Dormiré allí, pues vengo deshecho del duro bregar».

AZORÍN



Paraguas rojo, paraguas negro



Este joven periodista con aires de anarquista, que recién llegado a Madrid desde Valencia se hizo famoso por el paraguas rojo con que se paseaba por la calle de Alcalá, había nacido en Monòver, el domingo 8 de junio de 1873, hijo de don Isidro Martínez, abogado, y de doña María Luisa Ruiz, sus labores, ambos señoritos hacendados en viñedos y cereal. El nacimiento y bautismo de este primer vástago fue celebrado con un revuelo de criadas y parabienes de vecinos, acompañado de pastelillos, zarzaparrillas y licores de café. Se le impuso el nombre de José Augusto Trinidad.

Primero llevaron al niño muy repeinado, bien abotonado, a la escuela de párvulos del pueblo; después lo encerraron en el internado de los escolapios de Yecla y al terminar el bachiller, en el que, según las crónicas, fue repetidamente suspendido en redacción, llegó a la Universidad Literaria de Valencia, en la calle de la Nave, para estudiar Derecho. Su progenitor soñaba para él con una brillante carrera de leyes, pero muy pronto se torció su destino. En Valencia el joven provinciano, quien con el tiempo tendría en esa ciudad una calle llamada del Literato Azorín, disolvió su vida alrededor de la facultad en casas de huéspedes en los vericuetos de Bonaire, Barcas y Moratín. Por ocho reales tenía desayuno, comida, cena, cama y todos los sueños por delante. Este joven con ínfulas de libertario, hijo de propietarios de pueblo, se pasó las primeras noches espiando el ir y venir de una muchacha en la estancia iluminada de la casa de enfrente, una emoción estudiantil que trasladó a las primeras cuartillas; luego comenzó a pasearse por la Alameda, a hurgar en librerías de lance, a tomarse alguna cerveza en el café León de Oro, a ensayar cierto malditismo en los teatros de music hall y en el Fum-Club bajo la inspiración del famoso escritor iconoclasta Luis Bonafoux, llamado La Víbora de Asnières. Todo menos ir a clase.

Puesto que desde el primer momento estaba decidido a ser periodista, escritor y no abogado, trató de conocer y pedir trabajo a los santones literarios del momento, a don Teodoro Llorente, director de *Las Provincias,* a Francisco Castell, de *El Mercantil Valenciano,* a Blasco Ibáñez, dueño de *El Pueblo.* Unos le recibieron con desinterés, otros con cierto agrado, y finalmente logró colocar algunas críticas esporádicas, breves estampas de costumbres y soflamas de propaganda anarquista en los papeles del Ateneo Libertario y otros artículos

incendiarios en el diario *España,* en una sección titulada «Dinamita Cerebral», donde también firmaba Ramiro de Maeztu.

Obligado por su padre a ser un hombre de provecho, en vista de que la facultad de Valencia se le hacía cuesta arriba, trasladó su expediente académico, plagado de suspensos, a la Universidad de Granada y luego a la de Salamanca en busca del coladero de algún catedrático que diera un aprobado general por haber salido bien de una operación de próstata, por la boda de una hija o similar. Volvió a Valencia sin conseguir licenciarse. En cambio publicó su primer trabajo, *La crítica literaria en España,* firmado por José Martínez Ruiz bajo el seudónimo de Cándido.

Las relaciones con su padre continuaban siendo muy tensas, hasta el punto de que en unas vacaciones forzosas en el pueblo lo mantuvo encerrado en una habitación de la casa donde recibía la comida a través de un torno. «¡Señorito, la sopa de fideos ya está lista!», gritaba el servicio. Solo entonces abría la trampilla. Este joven redentor no cruzaba la palabra con nadie. Durante su estado de misantropía solo se comunicaba por señas con las criadas a la hora de recibir el sustento diario. El resto de las horas las pasaba dormitando en un camastro y leyendo boca arriba a Santa Teresa y a otros clásicos junto con panfletos anarquistas. De unos aprendió a bordar el idioma castellano, de otros a formarse una empanada.

Hubo un momento en que por locura o aburrimiento tuvo que soltar amarras y salir de aquel encierro. Dejó atrás el Mediterráneo a las dos de la tarde del 24 de noviembre de 1896, en un tren borreguero que lo depositó en Madrid completamente descoyuntado a la mañana siguiente, después de veinte horas de viaje. Tomó una habitación abuhardillada en la calle Barquillo y a continuación se echó al asfalto. Llevaba una tarjeta de presentación del ínclito Bonafoux y con ella en el bolsillo se presentó en la redacción de *El País,* un periódico reaccionario, donde comenzó a trabajar hasta altas horas de la noche escribiendo sueltos, telegramas, críticas y notas de sociedad. Antes de ser expulsado de la redacción por unos artículos contra la sagrada institución de la familia, la propiedad y el orden establecido, había merecido un elogio de Clarín en uno de sus *Paliques.* «No sé quién es ese tal José Martínez Ruiz que escribe artículos de costumbres en *El País,* pero quienquiera que sea se trata de una de las mejores esperanzas en la literatura satírica.» Este elogio le abrió las puertas de *El Imparcial,* el diario referente del momento.

Le esperaban días de gloria con su firma en prácticamente todos los periódicos de la época. En 1902 ya había escrito *La voluntad,* una novela de iniciación, y otros relatos autobiográficos de infancia y juventud, pero su genio de escritor se haría patente en sus estampas y relatos de viajes, por ejemplo en *La ruta de Don Quijote,* publicado por

entregas sobre la marcha en el *ABC* en 1905. A partir de ese momento Azorín empezó a crearse un estilo propio en el que cada palabra era una taracea con la que labraba la pieza como en madera de ébano. Cronista parlamentario, enviado al frente de Francia en la Gran Guerra, crítico literario, sutil cazador de silencios de zaguanes castellanos, del aroma de baúles olvidados llenos de legajos, de crujidos de tarimas de caserones antiguos, de botijos sobre las mesas de azulejos en el patio de fondas del Comercio, de ventas perdidas camino de pueblos enjalbegados, de voces evanescentes de criadas de hidalgos que se oyen en la duermevela. En el diario *El Sol,* donde escribían bajo la sombra de Ortega todos los grandes, Azorín dio nombre a la generación del 98 y se inventó Castilla como género literario. Pero la fama despertó al propietario de provincias, al pequeño reaccionario que llevaba dentro sin saberlo. De hecho, cuando volvía a Monòver, desde los balcones algunos paisanos se decían entre ellos gritando: «¡Ha llegado el señorito Pepe!». Venía esposado con una señora respetable, doña Julia Guinda, que un día causó gran escándalo entre los lugareños porque entró en el casino tres pasos por delante de su marido.

Si Azorín se paseaba al principio con un paraguas rojo para provocar a los burgueses y a los escritores famosos apoltronados en los cafés de la calle de Alcalá, todo el misterio de su biografía consiste en saber por qué aquel paraguas rojo abierto se fue convirtiendo a lo largo de los años en un paraguas negro cerrado. El anarquista que quería destruir el orden constituido acabó siendo subsecretario de Instrucción Pública de Antonio Maura y seis veces diputado conservador. Se zafó de la Guerra Civil huyendo a París, como Baroja, Marañón y Ortega, y de regreso a España, solventada ya la carnicería, bien por miedo o conformismo proclamó con entusiasmo las excelencias del dictador y disolvió su vida en un latente franquismo, sentado en un sillón de orejas con puntillas en el respaldo que confeccionaba su señora a ganchillo. Paseos solitarios por Madrid, lecturas recónditas, escritos que mimaban el idioma castellano con adjetivos llenos de un temblor rítmico, envasado. Este personaje gélido, sobrio, discreto, con los huesos de perfil, al final iba de su casa de la calle Zorrilla a la Academia de la Lengua, luego una vuelta por el Prado, un pastelillo a la hora del café, un cine a media tarde y sopa de menudillos para la cena. Aquel anarquista acabó recortado así por la línea de puntos. Lo veías pasar y él mismo parecía su propio paraguas negro cerrado.

RAMIRO DE MAEZTU



El combatiente deslumbrado



Llevado por su pasión didáctica, este intelectual combativo no resistió la tentación de dar la última lección a los que le iban a fusilar. Antes de que los mosquetones soltaran el plomo dijo Ramiro de Maeztu a los milicianos: «Vosotros no sabéis por qué me matáis, pero yo sí sé por qué muero: para que vuestros hijos sean mejores que vosotros». Algo parecido dijo Jesús Nazareno en la cruz. Puede que sea apócrifo, pero este alegato dirigido al pelotón de fusilamiento expresa perfectamente la psicología del personaje: un desprecio aristocrático de la ignorancia de aquellos desalmados, una autoestima exacerbada y una fe absoluta en un nuevo orden moral. Había sido detenido en julio del 36, cuando Madrid era una hoguera de odio, mientras estaba de visita en casa de su amigo Vázquez Dodero. Lo metieron preso en la cárcel de las Ventas y el 28 de octubre los milicianos lo sacaron de madrugada junto con otros treinta prisioneros, lo llevaron a las tapias del cementerio de Aravaca y allí cayó acribillado.

Ramiro de Maeztu tenía más razones que ninguno de sus compañeros de la generación del 98 para un pesimismo antropológico, puesto que la pérdida de Cuba, una fecha simbólica que inoculó en este grupo una estética derrotista, había supuesto para este periodista mesiánico también la ruina de la economía familiar. Con el desastre colonial el orgullo nacional había tocado fondo, pero no bastaba con flagelarse. Había que levantar un nuevo ideal desde las cenizas de un país poblado de mendigos y de hidalgos pulgosos, de menestrales castizos que empeñaban el colchón para ir a los toros, unos partidarios de Espartero y otros de Lagartijo. Fruto de ese revulsivo fue la creación literaria de Castilla, en que Azorín había idealizado los antiguos valores de una hidalguía que había conquistado medio mundo.

El padre de Ramiro de Maeztu era un cubano de origen navarro que vino a España a conocer a sus antepasados, y quiso el azar que este viaje coincidiera con el inicio de la tercera guerra carlista, un suceso que lo retuvo en Vitoria, a él y a su mujer anglofrancesa Juana Whitney, durante varios años. Allí nacieron sus cinco hijos. El primogénito Ramiro fue un escritor de combate, Gustavo fue un pintor aceptable, María fundó la Residencia de Señoritas, a la sombra del regeneracionismo de Giner de los Ríos, y los otros dos, Ángela y

Miguel, pasaron por este mundo sin dejar huella aparente.

Todo fue sobre ruedas mientras la hacienda de este indiano pudo proporcionar a sus hijos una educación elitista, severa y a la vez esmerada, con idiomas, esgrima y caballos, a cargo de profesores particulares. Ramiro había nacido en 1874 y la fortuna de papá le permitió ser un niño consentido, caprichoso, rodeado de doncellas, primero en Cuba y después de adolescente en París. Lo cuenta él mismo en un artículo titulado «Juventud menguante», publicado en 1904. Pero la muerte del padre llevó aparejada la ruina económica y a partir de ese momento, despojado de fortuna, tuvo que trabajar en varios oficios para ganarse la vida con el propio esfuerzo. Cuando en Cuba comenzó la guerra colonial el joven Ramiro fue un soldado perdedor, pero la derrota, lejos de humillarlo, le alzó el ánimo y lo abrió a cualquier ideología que encontraba de paso, siempre que alimentara de forma autodidáctica su carácter rebelde y le diera munición en su pelea contra esto y aquello, a la manera de Unamuno. Fue nihilista nietzscheniano, socialista fabiano, marxista, anticlerical, antitradicionalista, anarcoliberal, partidario del cirujano de hierro de Joaquín Costa. Bajo la consigna de todo o nada iba acopiando ideas que estuvieran en el límite de las cosas. Comenzó a escribir en los periódicos.

En 1905 fue enviado de corresponsal de los diarios *La Correspondencia de España* y *El Heraldo* a Londres, donde permaneció varios años, y allí se impregnó del espíritu británico, una capa más de materia orgánica con la que construía su carácter. En Inglaterra descubrió el orden como un factor esencial de la libertad, mientras el humanismo comenzaba a hacer crisis en su imaginación literaria. Sus artículos no expresaban nunca la más ligera duda. Eran contundentes, siempre deslumbrados, y daban la sensación de que acababa de caerse del caballo a las puertas de Damasco. Su firma aparecía en *El Imparcial,* en *El Socialista,* en *Germinal,* en *El País,* en *Diario Universal,* publicaciones de distinta ideología, a menudo contraria, pero Maeztu disparaba desde la propia garita imbuido siempre de un afán redentor, amo y señor de todas las certezas acerca de la catástrofe de la historia.

En 1911 trasladó sus bártulos espirituales a Alemania y en Marburgo se encontró con Ortega y Gasset. Ambos se admiraban. Allí Maeztu probó la receta neokantiana, que apenas dejó huella en su alma. Demasiada frialdad para un talante tan ardiente, pero a medida que iba creciendo en edad se templaban sus ideas, aunque no su temperamento. Durante la Primera Guerra Mundial estuvo de corresponsal en Italia. La religión comenzó a trabajar en su interior desnortado. De hecho, volvió a España en 1919 convertido a un catolicismo militante sin perder del todo ciertas incrustaciones de una estética de protestante que había adquirido en Inglaterra. Integrado de

nuevo en el país, comenzó a excitarse con la mitología literaria. Su libro ejemplar, *Don Quijote, don Juan y la Celestina,* mereció los elogios de Ortega, su consagración como intelectual y el ingreso en la Real Academia Española de la Lengua.

A continuación llegó la política propiamente dicha, la razón práctica. Maeztu se arrojó de cabeza a esa hoguera. Aquel rebelde anticlerical se convirtió en un tradicionalista, aquel anarquista se transformó en un conservador. Adherido a la causa de Primo de Rivera, fue nombrado embajador en Buenos Aires y allí se encontró con el cura vasco Zacarías de Vizcarra, quien le inspiró ese idealismo por el que Ramiro de Maeztu ha pasado a la historia. Azorín pensó que la creación literaria de Castilla, como crisol del antiguo esplendor del Imperio, serviría de acicate para la renovación española. Maeztu disparó por elevación. Fue más allá. Ensanchó el concepto de Castilla hasta transformarlo en la idea de la raza, en la América española entera. De esa explosión de la lira surgió la idea de la hispanidad como superestructura de la patria.

No bastaba con eso. Había que redimir a aquellos hidalgos menesterosos, causantes de nuestra decadencia, con otra lección que Maeztu aprendió en Norteamérica. Una vez más este ardiente soldado de la causa quedó deslumbrado. Después de una estancia en Nueva York, en 1933 publicó en el *ABC* un artículo famoso, «El sentido reverencial del dinero». La esponja de su intelecto volvió a empaparse de una nueva doctrina. El pragmatismo anglosajón había llegado a la cima espiritual cuando los norteamericanos descubrieron que la riqueza no era solo una bendición de Dios, como promulgó Calvino, sino un instrumento de orden, rigor y felicidad política. El dinero era una ideología sana. Maeztu comenzó a predicar este nuevo evangelio con el mismo afán mesiánico. El círculo acababa de cerrarse. Los fundamentos de la derecha habían sido implantados por este escritor contundente que se desangró en el periodismo de combate. Solo le faltaba la palma del martirio, un regalo siniestro que le proporcionó la historia. Coronado en medio de la hoguera del odio fratricida, después de que unos desalmados lo fusilaran en el cementerio de Aravaca, el conservadurismo español lo elevó a los altares.

CORPUS BARGA



Galgo aristocrático con luz propia



Tenía el nombre largo, de los que no caben en el carné de identidad, Andrés García de Barga y Gómez de la Serna. A este nombre y apellidos correspondía a su vez un porte distinguido, de gran galgo aristocrático, con casa solariega en Belalcázar, Córdoba, aunque había nacido en Madrid, en 1887, donde su padre ejercía de vicepresidente de las Cortes. Su llegada a este mundo fue recibida con un gran volteo de campanas debido a que era el día del Corpus, dato que se añadió a su partida de bautismo. Por razones de espacio y buen gusto, a la hora de firmar sus artículos quedó en Corpus Barga, cosa que no dejó de causarle algún quebranto irónico porque, cuando era ya un gran caballero, nadie se atrevía a llamarle don Corpus, que parecía nombre de zarzuela o de comedia de los hermanos Álvarez Quintero. Ni él lo aceptaba.

De su larga biografía queda fijado como momento estelar aquel en que ayudó a cruzar la frontera de Francia a Antonio Machado, en 1939, en medio de una multitud derrotada que huía hacia el exilio. Fue uno de tantos episodios míticos que vivió este periodista, a medias intelectual y hombre de acción, el lance más dramático, pero no el más romántico, puesto que a Corpus Barga, desde muy joven, siempre le adornó un aire de ácrata coronado de venenosas adelfas. Con quince años se embarcó de polizón a probar fortuna en América, de donde regresó con las manos vacías; luego participó como reportero en el primer viaje en zepelín a través del Atlántico, de París a Norteamérica, pasando por Brasil; durante la guerra española participó con André Malraux en la aventura de la aviación republicana.

Comenzó siendo un adolescente superdotado que echó por la borda los estudios de ingeniero de minas en cuanto conoció de cerca las penalidades de los mineros de Peñarroya, adonde le envió su padre para que conociera de cerca el oficio. Solía ir con un criado a comprar pan por las tardes a una panadería de la calle de la Misericordia, junto a las Descalzas Reales, en la llamada Casa de Capellanes, un negocio de la familia Baroja donde se expendía una extraña forma de pan importada de Viena. En esa panadería solía coincidir con un señor de larga barba y quevedos, con otro que solo lloraba por un ojo, con otro que era cojo y tenía el pelo cortado a cepillo, personajes atrabiliarios de aquel Madrid de boteros de Solana. Poco después supo que esos

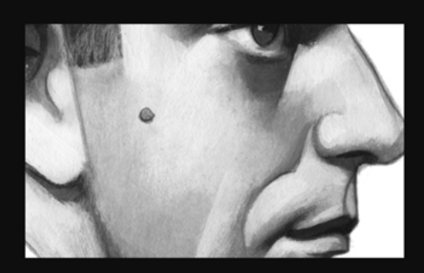
personajes eran Valle-Inclán, Pío y Ricardo Baroja. Se hicieron amigos. A partir de ese momento no cesó de abastecerse literariamente de la inspiración que recibía de ellos. Se les veía pasear juntos o sentados en las tertulias del café de Levante, el jovenzuelo como un apéndice de los maestros, siempre aprendiendo. Embarcado en el periodismo, a los diecinueve años ya escribía artículos en *Los Lunes de El Imparcial* al lado de las firmas más prestigiosas. Al principio recibía la luz, como los planetas, de los grandes nombres en cuya órbita estableció su vida. Baroja le dijo un día: «Corpus, mira mi cráneo, ya no tiene pelo y me duelen las rótulas; en cambio tú tienes elegancia y distinción en el tipo, una gran fortaleza física y puedes hacer una gran carrera, toma, lee este libro, es Gorki, aquí no le conoce nadie todavía».

Eran los tiempos en que Azorín escribía un artículo diario de noche en la redacción de *El País,* durante un año, sin cobrar una peseta. Los mejores, según su opinión, unidos al hambre canina. Corpus Barga era un señorito que, como es lógico, militaba en el anarquismo, no solo literario, también en el que se expendía en las covachas, perfumado de dinamita, entre la conspiración y el sueño de la acción directa. La reacción que provocó el atentado mortal contra Canalejas le forzó a poner tierra de por medio. Se estableció en París, donde vivió desde 1914 hasta 1948. En París se constituyó en cónsul literario, acompañante, anfitrión y guía de los escritores españoles famosos que caían por allí, Baroja, Unamuno, Valle-Inclán, Ortega y Gasset, Blasco Ibáñez y su sobrino Ramón Gómez de la Serna. ¿A quién no conoció Corpus Barga? No eras nadie si Corpus Barga no había escrito sobre ti. Trató a Colette, a Mayakovski, a Ilyá Ehrenburg, a Kérenski, a Trotski, a las marquesas proustianas que abrían salones en Saint-Germain; participaba en las tertulias de La Rotonde con Modigliani, Apollinaire, Cocteau y Picasso. Desde París hacía descubiertas como enviado de *El Sol, La Correspondencia de España, El Intransigente, El Radical* y *La Nación* de Buenos Aires. Sin perder su aire aristocrático, dio testimonio del olor a azufre que empezaban a despedir Europa, la Rusia de la Revolución soviética, el Berlín de 1930 con la ascensión de los nazis, la marcha sobre Roma de Mussolini, la España de la República y la guerra.

En uno de los viajes a España, en 1917, fue detenido por aventar la huelga revolucionaria con sus artículos, aunque no había participado en la revuelta. Lo encerraron en un acorazado en aguas de Bilbao, e imbuido de la literatura ácrata trató de convencer al capitán para que se hiciera a la mar en conquista de la libertad. Durante sus pasos por la capital de España se unía a los lances románticos de Valle-Inclán y de Ricardo Baroja, cuando se disfrazaban de frailes capuchinos y se iban de noche a pasear por el cementerio de San Martín, donde fingían azotarse al pie de las tumbas.

Siempre comprometido con la libertad y la democracia, durante la República jugó del lado de Azaña, pero su nombre iba siempre unido a los casos más sonados de la política y de la literatura. Fue novelista, escribió memorias, pero sus mejores páginas eran los relatos de los lances en que fue protagonista en los momentos más duros de la vida. Durante la guerra Corpus había colaborado en salvaguardar de las bombas el Museo del Prado y luego acompañó a *Las meninas* hasta el refugio en Ginebra, pero su momento estelar, como queda dicho, lo constituye el hecho de haber ejercido de eficiente samaritano con Antonio Machado a la hora de cruzar la frontera de los Pirineos hacia el exilio. En este camino de la amargura, desde Barcelona hasta Portbou, entre la riada de españoles derrotados que arrastraban carretas con colchones y enseres de mínima subsistencia, Antonio Machado no pronunció nunca una sola queja, ninguna maldición. En las paradas, sentado con el bastón entre las piernas, hablaba de Fray Luis, de Valle-Inclán, de los clásicos latinos, recordaba historias de las tertulias en Madrid, en París, tal vez llevaba en la memoria el sol de su infancia en Sevilla, mientras las tropas de Franco bombardeaban a la gente que corría despavorida por las cunetas, en medio de un enorme atasco de coches. A los gendarmes que los detuvieron en la frontera, Corpus les explicó quién era aquel anciano. «Es nuestro Paul Valéry», les dijo. A continuación se encargó de agilizar los papeles con llamadas a París. Pasaron una noche en un vagón en vía muerta en la estación de Cerbère. A instancia de Corpus Barga, la Embajada de la República en París quiso hacerse cargo de todos los gastos, pero Machado, en compañía de su madre y de su hermano José, prefirió quedarse en Colliure, en una pensión donde el poeta y su madre, una viejecita casi agonizante, tuvieron que dormir varios días en la misma cama. Murieron uno tras otro, a los pocos meses. Corpus Barga todavía vivió muchos años, ejerciendo un magisterio lejano. Se exilió a Perú en 1948 y en Lima fundó una escuela de periodismo. Murió en 1975.

MANUEL CHAVES NOGALES



Disparar a la distancia precisa



«Si tus fotos no son buenas es porque no estabas suficientemente cerca»: esta sentencia de Robert Capa se puede aplicar también a los periodistas de calle, a los cronistas de guerra, reporteros y enviados especiales, a los analistas políticos y, por supuesto, a los sicarios y asesinos a sueldo, los más interesados. Se tiene o no se tiene el don de apretar el gatillo en el momento oportuno, a la distancia precisa. Los periodistas de raza llevan ese instinto en la base del cráneo. Uno de esos era Chaves Nogales.

Este periodista, nacido en Sevilla en 1897, hijo de madre pianista y padre literato de medio pelo y sobrino de gente del gremio, de quienes aprendió en la adolescencia el manejo de las armas de este oficio, llegó a aquel Madrid «brillante y famélico» de entreguerras con veintitrés años, dispuesto a comerse el mundo, como tantos otros, después de haberse baqueteado como redactor en diarios de Sevilla y de Córdoba. Era entonces un joven moreno, de pequeña estatura, de ceño obstinado, con el chaleco bien abotonado, el nudo de la corbata torcido y la frente sombreada por una greña rebelde. Así aparece en el humo de las fotos de la época, en las redacciones o al pie de las linotipias. Extrañamente, no tenía acento andaluz o no lo usaba.

Llegó a Madrid ya casado y con una hija. Traía además un par de pinitos literarios ya publicados, estampas de su ciudad natal, retratos de personajes anónimos que había conocido. Después de aposentarse con la familia en los altos de Ciudad Lineal, en una casa con corral de gallinas, al principio bajaba en tranvía cada tarde hasta la calle de Alcalá y la Puerta del Sol con la idea de explorar y ser aceptado en alguna de las tertulias de literatos célebres que impartían su ego como un sacramento rodeados de los bohemios, plumíferos tronados, diputados golfos, cómicos hambrientos, sablistas y cesantes galdosianos que anidaban en los cafés. Allí se cocía el puchero de las noticias antes de que llegaran a las redacciones. Unamuno decía que las tertulias madrileñas constituían la verdadera universidad popular. Esa era la primera guerra que había que ganar. En esta descubierta también era necesario llevar chaleco antibalas, aunque fuera de lana de merino. Cada una de aquellas tertulias tenía un dueño. En el café de Levante reinaban Azorín y Baroja, uno con su silencio, el otro con la mala baba; en Pombo echaba al aire luminosas pompas de jabón Gómez de la Serna; en Fornos eran el político Indalecio Prieto y el

dibujante Bagaría los que cortaban el bacalao, a tercias con el famoso perro *Paco,* que se subía por su cuenta al tranvía para ir también a los toros; en la Granja El Henar ceceaba el veneno del resentimiento Valle-Inclán, sin conceder derecho de réplica a ningún contertulio. A un joven recién llegado de provincias que, ajeno a esta regla, le interrumpía a menudo su soflama cáustica y altisonante, Valle le cortó: «Oiga, pollo, se va usted a pisar la lengua». Chaves Nogales sabía callar. Años después, cuando un 14 de abril sobrevino inesperadamente la República, los vendedores de periódicos la voceaban por la calle como si fuera el gordo de la lotería: «La República ha caído en la tertulia del Regina». Era la de Azaña y allí estaba ya instalado, respetado, con derecho a hablar y ser oído Chaves Nogales.

La llegada de este periodista a Madrid hacia 1923 había coincidido con el golpe de Primo de Rivera, de modo que su talento se encontró con la barrera de la censura, no muy rigurosa, pero lo suficientemente tosca como para obligarle a desviar su pluma hacia los crepúsculos, verbenas y otras florituras de estilista en vez de usarla para entrar a degüello en la política, como era su deseo. Chaves Nogales comenzó a escribir en *El Heraldo* crónicas de sociedad poco comprometidas para salvar el cocido. Llegó a redactor jefe. Allí coincidió con González-Ruano, a quien, al contrario que a Chaves, la dictadura le sentaba como un traje cortado a medida para dar leña lírica impunemente a socialistas y republicanos sin desprenderse de su aire de señorito, de aristócrata de cartón piedra. En cambio, Chaves tenía un aire aventurero, un natural comprometido y romántico, bohemio y familiar a la vez. En 1927 ganó el Mariano de Cavia por un reportaje sobre Ruth Elder, la primera mujer que intentó cruzar el Atlántico en un aeroplano Stinson Detroiter, y ese primer éxito le impulsó también a volar, primero a la URSS, después por las nubes de toda Europa, y de esos viajes aterrizó con reportajes sobre lo que había quedado de los zares caídos y otras semblanzas literarias, crónicas veraces, auténticas, sobre miserias de la dictadura del proletariado.

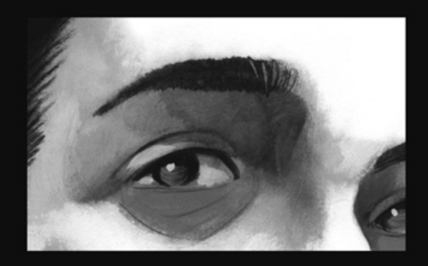
Con este autor se ha dado un hecho curioso: fue en su tiempo uno de los grandes; puso su afilada inteligencia y un estilo literario sin ninguna veta de tocino al servicio de la historia; contó de primera mano las cosas que pasaban en la calle; estaba donde había que estar, en los acontecimientos políticos, en los homenajes literarios; era citado, admirado y seguido por una legión de lectores y, de repente, terminada la Guerra Civil, se lo tragó la tierra y ni siquiera fue recordado como un exiliado famoso. Tal vez este hecho se deba a que, en uno y otro bando, él nunca se consideraba de los nuestros, sino el dueño de la voz libre, comprometida con la democracia y consigo mismo.

Su trabajo de periodista estuvo ligado a la causa de Azaña como director del diario *Ahora,* de ideología de izquierda republicana. Puede que Chaves Nogales participara de la misma inteligencia corrosiva, un tanto despectiva. Fue un crítico insobornable de los males de la República; después de darse un garbeo por Alemania en 1933, recién ascendido Hitler al poder, presagió los aires de tragedia que aleteaban en el aire, se entrevistó con Goebbels, describió con detalle la humillación que soportaban los judíos en Berlín y, por supuesto, su olfato de sabueso tampoco erró al anunciar que los españoles estaban dispuestos a matarse y que lo iban a hacer muy pronto.

Chaves Nogales aprovechó que los españoles todavía no se mataban entre ellos para escribir por entregas una biografía de Juan Belmonte, muy alabada, en la que orillaba todos los apestosos tópicos del toreo e iba directamente a la psicología del personaje. Luego, en plena tragedia, siguió a Azaña en el exilio, primero en Valencia, después en Francia, donde participó en las tertulias de París con los huidos de la carnicería, Marañón, Baroja, Azorín, Ortega. Allí escribió las crónicas de guerra *A sangre y fuego,* de primera mano en su memoria. No estaba cerca, como recomendaba Capa, pero su disparo era muy certero, aunque no tanto como lo fue al narrar para la historia, como no lo ha hecho nadie, la caída de Francia en manos del fascismo, la lenta degradación de un país hasta el puro masoquismo.

Los demás pudieron volver a España terminada la contienda; no así Chaves Nogales, más comprometido, con más carne en el asador, perseguido luego por la Gestapo hasta recular a Burdeos y no parar hasta el nuevo exilio en Inglaterra. Antes había mandado a su mujer y a sus tres hijos a España. En Londres fundó una agencia, escribió artículos para los periódicos de Latinoamérica. No dejó de trabajar hasta mayo de 1944, cuando una peritonitis se lo llevó al otro mundo, allá donde habita el olvido, como había escrito su amigo Cernuda. Fue enterrado en Londres. El olvido cayó sobre la figura de Manuel Chaves Nogales, pero ahora su espectro ha sido rescatado por la memoria histórica y hoy es reconsiderado como uno de los grandes, el que supo disparar desde la distancia precisa.

LUIS BAGARÍA



El lápiz del dibujante revolucionario



Este artista bohemio, llamado Luis Bagaría, que fue rey del dibujo satírico en el periodismo, había nacido en Barcelona en 1882, cuando estaban a punto de aparecer los nuevos cacharros que iban a marcar la modernidad: la luz eléctrica, el petróleo, el Ford T, el teléfono, la radio, el cine y el aeroplano. Su espíritu fue moldeado por la extrema convulsión del tiempo en que le tocó vivir, un pacto con la dinamita, el jazz, el charlestón, la tuberculosis y la cazalla. Tuvo que desayunarse con la guerra de Marruecos, almorzar con la europea de 1914, merendar con la Revolución soviética, cenar con el *crash* de 1929, tomar la última copa con la contienda fratricida española hasta entregar el alma en el exilio de La Habana, en 1940, cuando la Segunda Guerra Mundial estaba poniendo otra vez la historia patas arriba. Todos estos acontecimientos, desde la felicidad de volar, bailar y beber libremente hasta el destino de morir sin sentido como un perro en los campos de batalla en medio de un baile de políticos demenciados, los pasó a tinta el plumín de Luis Bagaría como una forma de burla, provocación, denuncia o carcajada.

Su agitada vida comenzó a los dieciséis años con la muerte prematura de su progenitor, que obligó a la viuda a largarse con su hijo a buscar fortuna en México sin hallarla, por lo que tuvo que regresar a Barcelona, ciudad entonces conocida como la Rosa de Fuego por la violencia de las pistolas que imperaba en las calles, y en ella el chaval ejerció múltiples oficios hasta recalar por mero azar en el mundo del teatro como pintor de escenarios a las órdenes del actor Enrique Borrás, quien lo llevó a las tertulias del garito Els Quatre Gats, famoso cocedero de bohemios. Por allí quedaban las sombras de Picasso, Casas, Nonell y Rusiñol, si bien este último también ejercía su gracia en el bar La Punyalada. Fue en el camerino de Enrique Borrás donde Bagaría encontró su destino cuando por simple pasatiempo realizó una caricatura del actor. Fue un éxito absoluto. «Muchacho, tú eres un gran dibujante festivo», exclamó Rusiñol al ver el dibujo, y a continuación se convirtió en su padrino. Bagaría quería ser pintor y como otros de su cuerda soñaba con perderse en el París de los apaches, pero por pura subsistencia tuvo que acompañar a Borrás en sus giras teatrales por La Habana y Buenos Aires hasta que la vocación de pintor volvió a rebrotar de vuelta a casa sin oficio, convertido en un mero paseante de las Ramblas. No se fue a París como los demás

sino a Madrid, que era otro punto de fuga para catalanes. En Madrid también había probado fortuna sin éxito Picasso, pero en 1912 Bagaría, armado con la pluma de dibujante satírico, y tras haberse dejado conocer sin demasiada fortuna en Barcelona, tomó al asalto la capital de España. Ideológicamente llegó cargado con el republicanismo de Pi y Margall, pero enseguida viró hacia las huestes de Manuel Azaña y a continuación se pasó al bando del socialismo reformista de Indalecio Prieto, que tenía su tertulia en el café de Fornos, en una esquina de la calle de Alcalá. Allí Bagaría se hizo fuerte. Allí lo encontraban siempre los que le buscaban, junto a Camba, Araquistáin, Díez Canedo, Juan de la Encina y el perro *Paco,* dormido entre las mesas. Era aquel Madrid de sardinas en arenque, gallinejas y corambres de vino recio con sabor a pezuña de búfalo que pintó Solana con color de excremento.

Luis Bagaría parecía bohemio a simple vista, un moreno de boca grande y labios carnosos, siempre descamisado y con los pantalones caídos, un aire destartalado y golfo que paseó por todos los cafés, donde ejercía el milagro de ser asiduo de todas las tertulias a la vez, hasta convertirse en el elemento inmaterial que las sobrevolaba como un ángel roto, la de Valle-Inclán en la Granja El Henar, la de Azaña en el hotel Regina, la de Gómez de la Serna en Pombo, la de Baroja y Azorín en el Levante. En aquel Madrid de los dibujantes Sancha, K-Hito y Sileno, humoristas risueños que alegraban la digestión de los biempensantes, el vitriolo de Bagaría impuso su mordacidad desde las barricadas de la izquierda, algo inusual en aquel patio del desolladero. En diciembre de 1917 Bagaría comenzó a publicar una viñeta diaria en la primera página de *El Sol,* el periódico estandarte de la masa encefálica, asiento de todos los intelectuales del momento. También dibujaba las portadas de la revista *España,* fundada por Ortega y dirigida por Araquistáin. Fueron las dos principales garitas desde las que disparó, aunque sus dibujos llenaban otros medios, puesto que Bagaría se había convertido en el dibujante humorista de referencia. Realmente marcó una época. Cuando en 1923 doscientos compañeros, intelectuales y artistas admiradores le tributaron un homenaje en el hotel Palace, a la hora de los postres tomó la palabra Ortega y dijo: «El perfil con que Bagaría nos pinte será el que de nosotros perdure».

Frente a la política ejercía un pesimismo vital, un escepticismo consolidado. Arremetía contra todas las guerras, contra todas las patrias, contra la Iglesia, sin importarle la ideología del medio desde el que disparaba. Aunque a menudo le censuraban los pies del dibujo, no le importaba en absoluto. Sentado en el pupitre de la redacción, canturreando sobre el cartón de dibujo, extraía de sus personajes, la fauna política del momento, el aura que les habitaba bajo la piel. No eran caricaturas, sino extractos de esa parte del espíritu que solo es

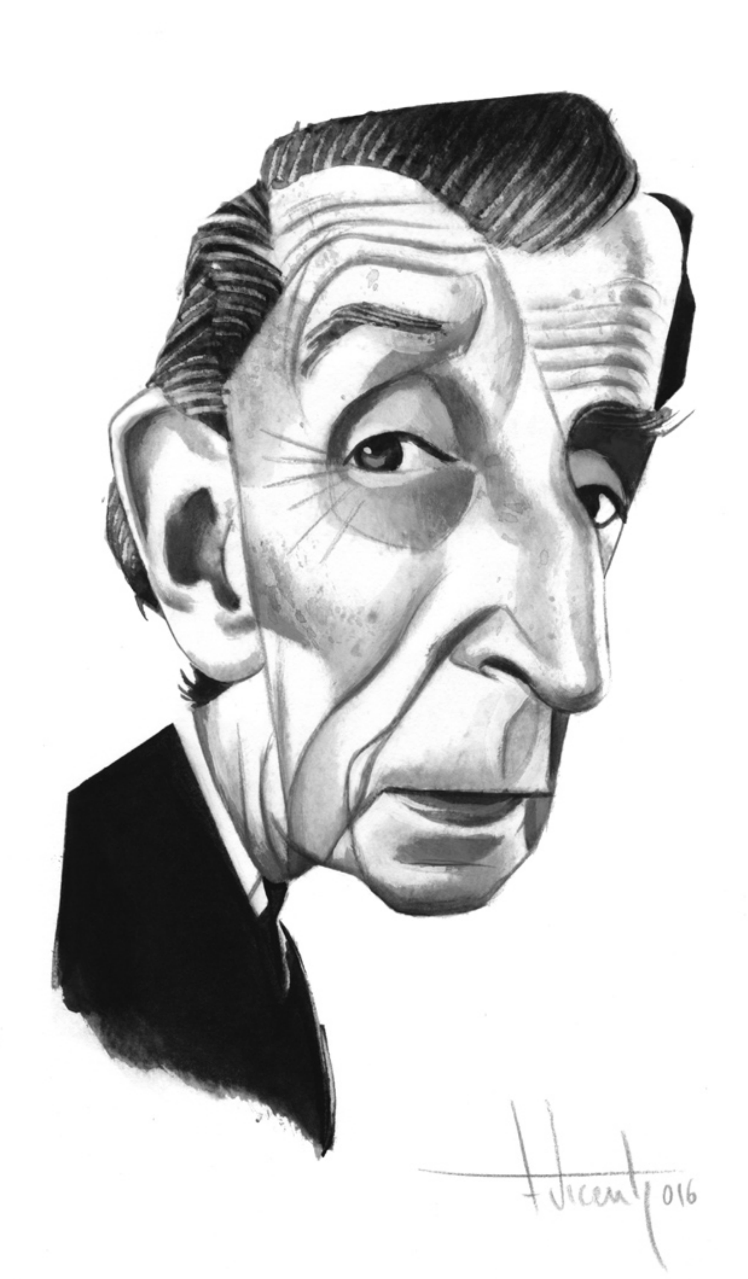
visible para los artistas superdotados en psicología parda. Era un holgazán y trabajaba con desgana, hasta el punto de que en cierta ocasión Araquistáin lo tuvo que encerrar bajo llave en un cuarto para forzarlo a entregar el dibujo, pero siempre iba atareado como si fuera a perder el tren. Bagaría nunca renunció a ejercer de sí mismo, su mejor obra personal. Desayunaba a las nueve de la noche, almorzaba a las tres de la madrugada, cenaba a las doce del mediodía y en medio había insomnios de alcohol y póquer, cafés con leche, bocadillos al pie de las barras, hasta deshacerse hablando de nada y de todo, contra esto y aquello, en las tertulias bajo el humo de tabaco que se confundía con la niebla de todas las madrugadas.

Pero un día se hartó. En 1926, cuando la dictadura de Primo de Rivera se interpuso en su creatividad, cogió los bártulos y se fue a Buenos Aires y no regresó hasta que la República trajo a España un aire de acacias y en el *Crisol* de Indalecio Prieto veló de nuevo su pluma satírica. Paradójicamente, la Guerra Civil española, en la que su mundo estético y moral fue derrotado y hundido, le ofreció la oportunidad de refugiarse en París, que en sus años de juventud había ocupado todos sus sueños. En el París del exilio Bagaría volvió a ejercer de sí mismo. Era el que unificaba todas las tertulias de refugiados en La Rotonde y La Coupole de Montparnasse. La entrada de los nazis le forzó a cruzar de nuevo el Atlántico para salvar la piel. En las calles de La Habana se fue disolviendo en el anonimato y en uno de sus autorretratos irónicos se le ve convertido en un mendigo. Genial es un adjetivo que suele aplicarse a los humoristas. Nunca más apropiado que en este caso. Bagaría fue un personaje que marca un tiempo. El Madrid de Bagaría, la rara especie del primer dibujante humorista de izquierdas, que dio sentido a una época de rebeldía y de bohemia.

JOSÉ BERGAMÍN



Pasión de un joven viejo verde



Tenía un rostro seco, acuchillado con arrugas muy verticales, y hasta el final de su vida gozó de un esqueleto de primera clase, un don imprescindible para la elegancia natural, y así lo recuerdo en la última etapa de su vida madrileña, con sus huesos largos, estirados, sentado en un rincón del restaurante madrileño La Bola, famoso por su cocido, o en la Taberna del Alabardero, rodeado siempre de chavalas, silencioso, dueño de la frase corta cargada con un simpático cabreo envasado. José Bergamín era un seductor. El único y verdadero amor de su vida, según contaba, fueron dos niñas, Gloria y Mailín, vecinas de rellano, de bucles dorados, de las que a los siete años se enamoró perdidamente. Después, cuando en plena depresión juvenil intentó suicidarse y se fue una mañana al parque del Retiro con una pistola cargada, a punto de apretar el gatillo, vio a otras dos niñas bellísimas saltando a la comba y decidió seguir viviendo. De hecho, en 1974, ya octogenario, le preguntaron en una entrevista con quién le gustaría ir a la selva. Contestó: «Con una joven muy joven. Casi una niña». Para este hombre la mujer era un misterio, la única defensa contra el demonio, y quiso ser siempre un joven viejo verde, como Lope de Vega, para desentrañar ese enigma. Esta pasión era correspondida. En Madrid, después de sus múltiples exilios, antes de dar la espantada hacia Euskal Herria, vivía solo en un ático de la plaza de Oriente y unas adolescentes de un colegio cercano se turnaban para hacerle la cama y arreglarle la casa.

Había nacido en 1895, en la plaza de la Independencia, en Madrid. Su padre, Francisco Bergamín, de origen italiano, se casó con una malagueña. Al quedarse huérfano, siendo muy niño, fue puesto al cuidado de unos familiares en la serranía de Ronda, donde trabajó como pastorcillo de cerdos, pero un día se fugó, volvió a Málaga, hizo estudios de Derecho en Granada, fue catedrático y tres veces ministro del Partido Liberal-Conservador. José Bergamín se encontró al nacer con que su progenitor ya era ministro de Instrucción Pública, de modo que se nutrió de política de primera mano y también mamó un acendrado catolicismo de madre beata. En casa se rezaba el santo rosario cada noche después de la cena y un trisagio en días de tormenta, pero la política y la religión, como el toreo, fueron pasiones que Bergamín sometió a su carácter rebelde y atrabiliario, a la manera de Unamuno, de quien era ferviente seguidor. De hecho, cuando

Bergamín muy joven, en 1923, comenzó a dirigir *Los Lunes de El Imparcial,* donde firmaban las mejores plumas de la época, lo primero que hizo fue pedirle una colaboración quincenal a Unamuno, a cien pesetas la pieza. El rector de la Universidad de Salamanca puso como única condición la de cobrar siempre un duro más que Ortega y Gasset. Era una obsesión que iba más allá del sentimiento trágico de la vida y la agonía del cristianismo.

En los años veinte José Bergamín era un joven dandi, con vacaciones en El Escorial y en Biarritz, metido en el hervor de las tertulias literarias de la calle de Alcalá, en cuyos corros esparcía sus aforismos y birlibirloques, un arte en el que comenzó pronto a brillar. Sus primeras armas poéticas las midió siendo secretario de Juan Ramón Jiménez en la revista *Índice,* pero el amor y la admiración que profesaba al maestro pronto se convirtieron en una inquina visceral, marca de la casa, cuando la lengua de navaja del poeta de Moguer, que no toleraba que nadie le hiciera sombra, comenzó a zaherir a los compañeros de Bergamín, los de la generación del 27, uno a uno, sin librar a nadie de su sarcasmo. Juan Ramón se negó a ir «con esos mariconcillos de playa» al homenaje a Góngora en el Ateneo de Sevilla que había organizado el torero Sánchez Mejías, y a partir de ese desplante todo fue entre ellos un odio más o menos poético de toma y daca. ¿Con quién no se pelearía hasta el final de sus días este hombre honesto y atravesado?

En 1928 Bergamín se casó con Rosario Arniches, hija del comediógrafo alicantino, y Xavier Zubiri, entonces todavía cura, bendijo su matrimonio y bautizó a su primogénita Teresa. Eran tiempos de felicidad provocadora entre *La Gaceta Literaria* de Giménez Caballero y la revista *Cruz y Raya* que Bergamín había fundado. Para los intelectuales y periodistas, la política era entonces un juego republicano frente a la vieja estatua carcomida de la monarquía a la que había que derribar. El propio Bergamín confesaría: «Yo solo he sido feliz hasta que empezó la guerra». Todo terminó en 1936, cuando la política mostró su calavera y las piruetas literarias se convirtieron en tiros en la nuca.

El compromiso ideológico llevó a Bergamín a extremos muy duros en medio de la contienda. No llegó a cumplir una de sus frases más felices, «con los comunistas hasta el fin del mundo, pero ni un paso más», si bien hubo un momento en que creyó que el comunismo era el paraíso. Esa creencia le llevó a atacar a André Gide —«aquella vieja coqueta» según Malraux— en el Congreso Internacional de Escritores por su libro contra la URSS y a salir en defensa del estalinismo en zonas muy oscuras, como el asesinato de Andreu Nin. Los viejos idealismos se fueron al diablo cuando salvar el pellejo era lo más noble que uno encontraba en el horizonte.

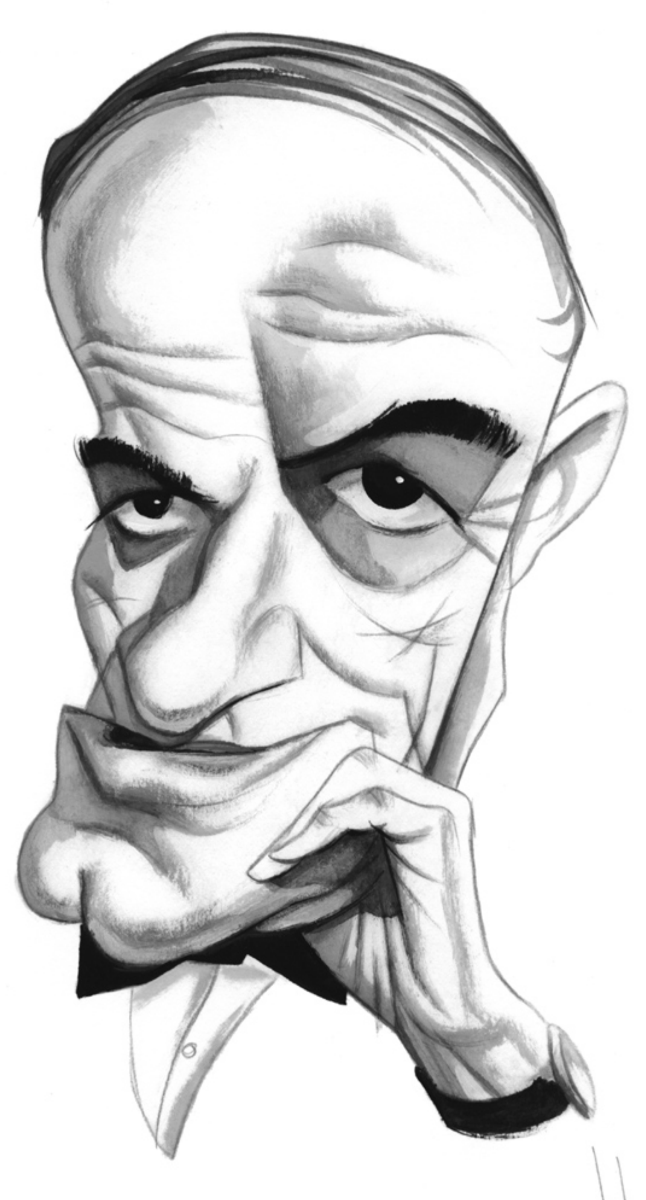
Para Bergamín, el exilio fue un lento e inexorable despeñadero. En México fundó la revista *España peregrina* y la editorial Séneca, y todo parecía que iba bien mientras le impulsaban la energía y la rabia del rebelde extrañado, sin patria, pero pronto se complicaron las cosas y tuvo que ir de país en país en busca de la supervivencia hasta que toda Latinoamérica se le cayó encima. Una angina de pecho fue la señal para volver al apeadero de París en 1954 antes de mover ciertas influencias —unas favorables, otras negadas— para regresar a España, adonde llegó finalmente en la Navidad de 1958.

En pleno franquismo se movía por Madrid como un fantasma, silenciado, postergado, y no por eso dobló la cerviz. Desde su rebeldía comenzó a hacerse presente y molesto como un tábano. Encabezó la firma de protesta de los cien intelectuales contra la represión de los mineros de Asturias, en 1962, y se las tuvo que ver con Fraga Iribarne a cara de perro, lo que le valió otro exilio y otro azaroso y suplicado regreso para andar suelto, sobreviviendo a su propia sobriedad. Al final se ganaba la vida a salto de mata con artículos y conferencias sobre el toreo, siempre enfrentado a la España negra. Insultado, de nuevo represaliado por las fuerzas del régimen, tolerado por algunos liberales, adorado por un grupo de amigos, cada vez más viejo, más flaco, más orgulloso, un día encontró la forma más agria de molestar a sus enemigos: hacerse antiespañol. En medio de la violencia terrorista etarra, en septiembre de 1982 agarró los bártulos, se fue a vivir a Euskadi y se dejó caer en brazos de Herri Batasuna. Llegada la muerte, se adornó a la torera haciéndose enterrar en Hondarribia con la ikurriña cubriendo el Cristo del féretro, evento que sucedió el 28 de agosto de 1983, con responso en castellano y euskera, bajo el himno del soldado vasco. Bergamín escribió mucho acerca de todo, desde Gracián hasta Rafael de Paula. Se ha dicho que él y Unamuno fueron los mejores periodistas españoles.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET



Naufragio en la palangana de Pilatos



¿Fue Ortega y Gasset realmente un filósofo profundo, un pensador original, o solo un gran periodista divulgador de la filosofía alemana? ¿Fue un intelectual a la altura de los tiempos o un personaje políticamente ambiguo, navegante en la palangana de Pilatos, precursor del fascismo, un estilista encantador de serpientes, amigo de toreros y marquesas? ¿Un certero y arrogante arquero de la modernidad o un precavido hombre público, que a la mínima dificultad, tanto filosófica como política, hurtaba el bulto? La estela que dejaba Ortega estuvo siempre envuelta en polémica. Despertaba por igual la rendida admiración de sus discípulos, la chanza de algunos políticos jabalíes y el odio del nacionalcatolicismo. Una cosa es cierta: Ortega y Gasset fue, sin duda alguna, el gran mandarín del pensamiento español de entreguerras. Su brillante cabeza ofuscó cuantas ideas germinaban alrededor salvo las que proyectaba el otro faro, Miguel de Unamuno, con el que compartió el brillo y la fama en medio del erial de la filosofía escolástica, que estaba todavía en manos de Donoso Cortés, de Balmes y de algún tonsurado más. En Ortega primaban el individualismo y la inteligencia clara; en Unamuno, el torrente convulso de la propia agonía, que arrastraba algunas pepitas de oro en medio del barro. Al principio se admiraban. Al final llegaron a odiarse. De otro lado estaba Eugenio d'Ors, cuyo mérito consistía en que todo lo que decía en catalán sonaba a griego.

Vástago de la burguesía madrileña, Ortega estudió el bachillerato con los jesuitas de El Palo, en Málaga. Luego hizo Filosofía y Letras con los jesuitas de Deusto. Se doctoró en la Complutense con una tesis sobre los terrores del milenio; amplió estudios durante tres años en Leipzig, Berlín y Marburgo e, impostado por el neokantismo de Hermann Cohen, regresó de Alemania lleno de un prestigio intelectual que se debía, aparte del talento, a que era el único entre sus congéneres que sabía alemán y al arte que tenía de componer un ceño sombrío, como de estar pensando en cosas muy severas solo al alcance de un cerebro privilegiado. Ganó la cátedra de Metafísica de la Complutense y a través de un verbo copioso de floridas metáforas su pensamiento comenzó a manar desde la tarima. Al principio tuvo veleidades socialistas, pero pronto fue sanado por un liberalismo radical. «No soy socialista por lo que el socialismo me pueda quitar, sino por lo que me quiera dar», decía.

En este personaje se produjo una temprana transmutación: de llamarse Pepe Ortega, en plan castizo, cuando era todavía muy joven, comenzó a ser saludado con un respetable don José. Solía volver a Alemania a abrevar de nuevo en el manantial preclaro del saber idealista, a dar conferencias y a recibir homenajes, pero un año realizó una visita extraordinaria que muestra otro perfil de su carácter. Según cuenta el torero Domingo Ortega, el filósofo lo invitó a acompañarle al carnaval de Berlín. «Me obligó a ir vestido de corto; él se disfrazó con una pamela y una bata larga; estaba muy gracioso. La gente, allí en Alemania, lo admiraba mucho, sobre todo las chavalas de dieciocho años. Qué tío, las chicas lo adoraban, lo manoseaban.» Por su parte, coqueto y retrechero, él también admiraba a esas mujeres «con los senos en punta», según escribió, como su amiga, la marquesa de Llanzol, la ricahembra madrileña, pero llega una edad en que las mujeres no es que no te miren, es que ya ni siquiera te ven.

Al primero que desbancó con su talento fue a su propio padre, José Ortega Munilla, escritor y periodista de fama, que había desposado a la heredera del fundador y dueño del diario *El Imparcial,* don Eduardo Gasset y Artime. A la hora de dirimir qué fue realmente Ortega y Gasset, si un filósofo o solo un insigne periodista, no hay que olvidar que él mismo dijo un día que había nacido encima de una rotativa. En realidad, todo lo que pensó y escribió a lo largo de su vida lo había vertido primero en artículos de periódico antes de encuadernar su pensamiento en forma de libro.

Un día, durante un acto académico, ¿o sería en el tiro de pichón, o en un té con pastas en casa de la marquesa de Villavieja?, fue presentado por Romanones al rey Alfonso XIII. «Majestad —dijo el conde—, le presento al catedrático don José Ortega». «¿Catedrático de qué?» «De Metafísica.» «¡¡Atiza!!», exclamó horrorizado el monarca. Si estaban en el tiro de pichón, a continuación sonaría una voz: «¡Pájaro!», seguida de dos escopetazos. Así tiraba el rey a pichones; así cazaba al vuelo Ortega las ideas. Pero la broma le salió cara al monarca. Esa frivolidad borbónica, precedida por el desplante que le hizo al filósofo al negarse a recibirlo en palacio, desembocó en una inquina personal. El famoso artículo «El error Berenguer», que terminaba con la exclamación catoniana *Delenda est Monarchia,* supuso la puntilla y el arrastre del Borbón.

La gloria orteguiana alcanzó la cima entre 1914 y 1936. En ese período fundó y dirigió la revista *España,* y la *Revista de Occidente* y la editorial del mismo nombre, por la que pasó todo el pensamiento moderno; creó y alimentó personalmente su propia revista *El Espectador* y, cuando por disputas familiares se apartó agriamente de *El Imparcial,* inspiró la fundación del periódico *El Sol,* a su mayor honra y homenaje. Nadie era nada si no pertenecía a la minoría

selecta, marcada con el hierro de la exquisita ganadería intelectual que Ortega acuñó para reconocer a los suyos. Mientras tanto, el pensamiento del maestro se diluía en conferencias, artículos, ensayos, tertulias y viajes. No había tema de nuestro tiempo contra el cual no disparara Ortega, la España invertebrada, la revolución de las masas, la deshumanización del arte, cualquier problema político, social o estético recibía de su pluma un toque de distinción que era la alfalfa fresca recién segada que luego rumiaban sus discípulos. Unas veces daba charlas de pie con una mano en la cintura, como un flamenco, otras blandía una manzana en el aire para impartir una lección de perspectiva. De hecho, tenía algo de torero, aunque su figura recordaba más a la del picador, que siempre habla con frases redondas.

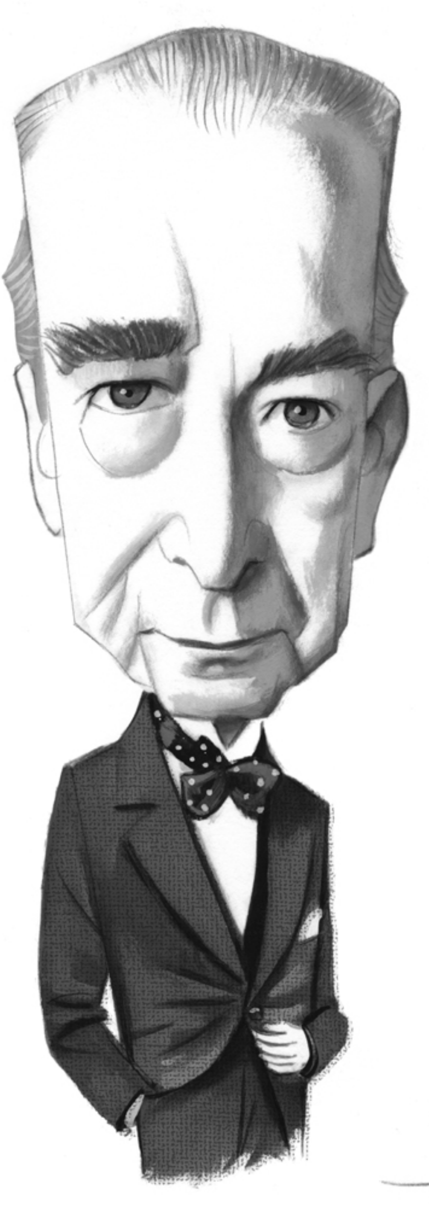
Durante las Cortes Constituyentes de la República, cuando el jabalí Indalecio Prieto lo veía entrar en el hemiciclo del Congreso exclamaba: «Aquí llega la masa encefálica». El elitismo aristocratizante de Ortega, proyectado en la Agrupación al Servicio de la República que había fundado con Marañón y Pérez de Ayala, pronto resbaló en la grasa del pueblo. «No es esto, no es esto», exclamó Ortega. Otro dictamen del oráculo político.

Fue la Guerra Civil la que rompió el encanto intelectual de Ortega. Un primer exilio molesto en París; el escándalo para sus devotos discípulos al ver que elegía refugio en Lisboa, donde gobernaba otro dictador, el frailuno Salazar; un viaje fracasado a Buenos Aires en 1941 con un recibimiento frío de las élites de Victoria Ocampo, que en otro tiempo lo acogieron como a un héroe de la inteligencia; vuelta a Lisboa y regreso a España en 1945. Aquí la universidad le había preservado el sueldo de catedrático, pero mientras unos le invitaban a resistir y dar la cara contra el régimen, otros dentro del franquismo le tiraban de la manga para atraerlo a la causa. El dictador se quejó de que Ortega llevaba un tiempo ya en Madrid y no había ido a El Pardo a cumplimentarle. Tertulias, conferencias famosas en el cine Barceló, depresión, enfermedad, y finalmente otra incógnita. Ortega había dado siempre la espalda a la Iglesia, pero alrededor de su lecho de muerte revoloteó el agustino Félix García, experto en descabellar con la extremaunción a agnósticos de renombre. El fraile entró en la alcoba del moribundo. ¿Ortega confesó sus pecados, besó el crucifijo? El fraile dejó el interrogante en el aire. Una tarde de octubre de 1955, el ilustre filósofo, el insigne periodista, regaló el alma a la inmortalidad. Su entierro fue un acto de afirmación contra la España negra.

JULIO CAMBA



Un anarquista bajo la cúpula del Palace



En mi catálogo particular, los grandes escritores se dividen en dos categorías: aquellos a los que admiro y con los que además me encantaría tomarme una copa y aquellos que también tienen mi admiración, pero que una vez leídos por mi parte se pueden ir a tomar por el saco, puesto que no movería una pestaña ni por cruzar juntos un paso de cebra. Julio Camba pertenece al primer grupo. Hubiera dado cualquier cosa por haber compartido con él un orujo en una sobremesa, pese a que tenía un carácter muy atravesado. Julio Camba era uno de esos comensales que te alegran la digestión. Tampoco me hubiera importado pagar la cuenta, pero tenía un inconveniente: era muy caprichoso y exigente a la hora de hacerse invitar.

Julio Camba había sido negro de Juan March, quien para agradecer sus servicios, tal vez algunos trabajos sucios durante la República, le prometió hacer valer su influencia después de la guerra para impulsar su candidatura a la Real Academia Española. De hecho, Ortega y Gasset decía que Camba era el mejor escritor del momento. «¿Académico de la lengua? Prefiero que me compre usted un piso», le contestó Camba. El plutócrata mallorquín no le compró un piso, pero le pagó hasta el fin de sus días una habitación en el hotel Palace; no una suite, ciertamente, sino un cuchitril en el último piso junto al cuarto de la plancha.

Era difícil sacarlo de la habitación 383 del hotel Palace para llevarlo de invitado a casa de algún anfitrión. Para esa clase de citas tomaba muchas cautelas. No le faltaba razón. De hecho, en un restaurante puedes criticar al cocinero, devolver el solomillo poco hecho, exigir cualquier capricho, sentenciar que el vino está picado; no así en el domicilio particular de un amigo, donde por obligación debes exaltar la receta infame de la señora de la casa aun sabiendo que te va a destrozar el estómago. Julio Camba ponía toda clase de trabas y no dejaba de refunfuñar hasta que, sentado a la mesa, la calidad del vino bien elegido por fin lo aplacaba y lo volvía pastueño.

El torero Domingo Ortega, hablando un día de aquellos intelectuales de su tiempo que había conocido personalmente, de Ortega y Gasset, de Marañón, de Pérez de Ayala, del pintor Solana, de Vázquez Díaz, del escultor Sebastián Miranda, me dijo: «De todos ellos, el más extraordinario era Julio Camba. ¡Qué tío! Ese era un pajarraco muy raro, pero, tratado, te caía muy bien. No le gustaban nada los toros,

los odiaba, pero éramos muy amigos. A veces venía a almorzar a casa y se cabreaba si venía más gente, sobre todo si había señoras, porque entonces no le servían a él primero. Tenías que echarle bien de comer y servirle enseguida; de lo contrario, cogía unos cabreos espantosos». Pese a su genio revirado, una vez relajada su intemperancia se convertía en el rey de la sobremesa. Toda su sabiduría y humor están contenidos en *La casa de Lúculo,* el mejor libro de cocina que se ha escrito en castellano.

Julio Camba, lo mismo que Josep Pla, ha conseguido esa clase de inmortalidad que solo se reserva a los escritores privilegiados: convertirse sin ser leídos en una fuente inagotable de anécdotas. Estando una vez en Estambul, entró Camba en un baño turco para darse un masaje. En medio de la espesa humareda, un forzudo otomano de musculatura infernal comenzó a fregar el cuerpo desnudo de nuestro héroe tumbado en la camilla. Primero fue el sudor que lo empapaba todo, pero al poco rato Camba vio con espanto que sus poros exudaban una especie de grasa negra, una sustancia parecida al betún. Camba se incorporó muy alarmado y le preguntó al masajista:

—¿Qué es esto tan negro que sale de mi cuerpo?

—Eso es el cristianismo, señor —contestó el otomano.

Aquel grasiento betún era una forma metafórica de quitarse de encima todas las malas digestiones que había sufrido en su vida.

Hay escritores que sintetizan una época. Cuando su mundo ya ha desaparecido, sus fantasmas quedan sobrevolando el barrio donde vivieron, los cafés donde abrevaban. Eran aquellos tiempos en que Azorín se paseaba con su paraguas rojo por la calle de Alcalá y Bagaría dibujaba caricaturas de los artistas y políticos del momento en el café de Fornos; Valle-Inclán presidía una tertulia en la Granja El Henar y, según contaba el periodista Luis Calvo, desde allí se veía al tacaño de Julio Camba discutir con las putas de la calle Virgen de los Peligros, que si cinco, que si cuatro… Regatear el precio en ese mercadillo de la carne femenina es lo que más excita a los prostibularios. Cuando sobrevino el 14 de abril de 1931, la gente decía: la República ha caído en la peña del Regina, donde Azaña tenía la tertulia. En ese momento Julio Camba estaba en Nueva York; de allí mandaba a *El Imparcial,* a la *España Nueva,* al *ABC* unas crónicas de paseante lúcido que después tomaron forma de libro, *La ciudad automática,* que aún hoy es de absoluta actualidad. Julio Camba contaba que en los mataderos de Chicago las piaras de cerdos entraban por el boquete de una máquina gigantesca y, al poco rato, por el otro extremo de esa misma máquina no solo comenzaban a salir jamones, salchichas, morcillas y toda clase de embutidos ya empaquetados, cosa muy lógica, sino que por otro tubo soltaba valijas, maletas, portamonedas, zapatos, botones y cualquier objeto que se

derivara de la piel. A esto se había reducido en Chicago el sacrificio del cerdo, uno de los ritos más solemnes de la cristiandad, añade Camba, que aún no podía saber que este animal se ha hecho hoy insustituible para todos los trasplantes humanos.

Julio Camba fue un cosmopolita literario, un corresponsal de lujo en Berlín, en París, en Londres, en Nueva York, en Roma, en Lisboa, en Estambul, y las percepciones que obtenía de primera mano de los países que visitaba y de las gentes que se cruzaban en su vida siempre eran originales y se convertían en categorías para transformarse después en tópicos de uso común. Julio Camba no sabía idiomas, pero suplía esta carencia con la agudeza de los ojos. Miraba todo lo que sucedía a su alrededor con una ironía perpleja, como si el mundo se acabara de inventar solo para él. «Apenas leía libros —dice Sainz Rodríguez—, y unas veces daba la sensación de que no sabía nada, y otras, de que lo sabía todo». Ese era el misterio de Julio Camba. Sobre casi todo, sobre casi nada. Al llegar la República, este escritor de periódicos pensó que sería nombrado embajador o ministro plenipotenciario de cualquier país bananero. Su frustración hizo que se revirara, y desde el primer momento usó todo el sarcasmo y la ironía contra el nuevo régimen. En realidad nunca había dejado de ser un señorito anarquista, pese a que a los catorce años se enroló de polizonte en un barco a Buenos Aires. De vuelta en España, la policía lo interrogó por creerle involucrado en el atentado de la bomba que Mateo Morral le arrojó a Alfonso XIII el día de su boda, cuando volvía a palacio después de la ceremonia en los Jerónimos, en 1906. En realidad solo estaba comprometido con los placeres de la inteligencia sarcástica, dispuesto siempre a ver el lado sorprendente y divertido de las cosas. Había nacido en 1884 en Villanueva de Arosa. Murió en 1962. Su cuerpo atravesó con los pies por delante el bar del Palace, bajo la cúpula resplandeciente, donde este periodista había hecho bailar la aceituna una infinidad de veces en la copa de los martinis.

EUGENIO D'ORS



La esencia está en la máscara



Es difícil saber qué era más profundo, más auténtico en este personaje, si su pensamiento o su disfraz. Toda su filosofía consistió en elevar la anécdota a categoría, un principio que podría aplicarse también a su vida, puesto que Eugenio d'Ors fue en su tiempo una fuente inagotable de anécdotas, de frases irónicas, de réplicas felices o malvadas que disparaba a bocajarro en las tertulias, y aún hoy, si uno va a buscar agua en el pozo del olvido donde permanece su sabiduría, solo puede sacar un cubo de venenosos chismes a través de los cuales su figura sobrevive. Nació en Barcelona, en 1881. Ese aire orondo y macizo, de cejas cada vez más pobladas, que fue adquiriendo a lo largo de su vida le vino de su madre cubana, Celia Rovira, nacida en Manzanillo, cuya muerte prematura, cuando Eugenio era un adolescente de catorce años, fue un golpe del que tardó en recuperarse. De su padre, José Ors i Rosal, abogado, natural de Sabadell, heredó el carácter atrabiliario. Mientras su madre le inculcaba el afán por el estudio, el padre le prohibía ir al colegio por miedo a que cogiera un virus. En cualquier caso, el pequeño Eugenio iba a clase vestido con un extraño casacón que provocaba la risa de sus compañeros. El disfraz, que le venía de niño, acabó convirtiéndose en su sustancia.

Eugenio d'Ors creció en aquella Barcelona donde los anarquistas pasaban el sombrero a los peatones por las ramblas pidiendo la pequeña contribución para la dinamita que después estallaría durante la procesión del Corpus y en la platea del Liceo. Los modernistas tomaban Pernod en la taberna de Els Quatre Gats, entre las sombras de Picasso, de Casas y de Nonell, que habían pasado por allí y aún permanecían en el aire. En el bar La Punyalada reinaba Santiago Rusiñol. En la tertulia del Ateneo, el filósofo y humorista Francesc Pujols representaba oficialmente ese espíritu disolvente del catalán que bascula entre el buen sentido y el disparate. Por estos tres centros de gravedad de la bohemia había pasado el estudiante de Derecho Eugenio d'Ors cuando Barcelona era la Rosa de Fuego, una síntesis de obreros en alpargatas, burgueses de *tortell* con un divieso en el pescuezo y artistas cuyo genio consistía en llevar chambergo y un geranio en la pipa. La literatura catalana estaba infectada de un romanticismo rural y la poesía se hallaba bajo el imperio de los juegos florales. Este era el panorama cuando en 1906 Eugenio d'Ors,

terminada la licenciatura de Derecho, se fue a París de corresponsal del periódico *La Veu de Catalunya* y comenzó a publicar aquellas notas que harían famoso su seudónimo de Xenius. Resulta que en París este periodista intelectual descubrió el siglo XVIII como el que encuentra un aparador abandonado en la calle, y con un grado de suma felicidad se puso a la tarea de desgranar ese espíritu de la Ilustración en el *Glosari,* una colaboración diaria que mantuvo en lengua catalana durante dieciséis años, todo un revulsivo donde abrevaban los lectores con avidez. Se trataba de una forma nueva de escribir, de pensar, de sorprender e interpretar los hechos de cada día desde una perspectiva inesperada. Frente a las volutas del modernismo, D'Ors impuso la geometría grecolatina, la luminosidad mediterránea, la armonía de las ideas. Con ese clasicismo nítido pasó la escoba a un montón de desperdicios románticos, sentimentales y provincianos. Cataluña debía ser penetrada por el espíritu de Europa, y a este empeño cultural Eugenio d'Ors lo llamó *Noucentisme* y se apropió del término. Estos hallazgos de la norma, la ironía, el equilibrio, la libertad, la sonrisa y la civilización, que había bebido de los clásicos, después de haberlos pasado por Goethe, en 1912 los aplicó a un personaje de ficción, a una joven llamada Teresa, *La Bien Plantada,* símbolo del Mediterráneo, que resumía todas sus aspiraciones de belleza.

Llegó un momento en que el prestigio intelectual de Eugenio d'Ors en la cultura catalana era irrebatible. De regreso de París se puso al frente del Institut d'Estudis Catalans, creó una red de bibliotecas y finalmente Prat de la Riba, el fundador de la Mancomunitat, lo nombró director de Instrucción Pública. Su lengua no tenía rival en las tertulias. Pero algo no encajaba en su figura. Por una parte, era el representante en la tierra de la preclara desnudez del pensamiento griego; por otra, iba añadiendo cada día nuevos aditamentos barrocos a su ropaje exterior, emulando a Oscar Wilde, y tampoco era consecuente con su espíritu, puesto que el enorme volumen de su vanidad no se correspondía con el ascetismo que emanaba de su literatura. Las cosas comenzaron a torcerse cuando en 1914 se presentó a la cátedra de Psicología Superior en Madrid y fue derrotado por un rival mediocre, con el único voto a favor de Ortega y Gasset. Después se metió en un lío de baja política. Muerto Prat de la Riba, su protector, hubo un desajuste de dinero en el entorno de D'Ors, quien, al parecer, siendo tan devoto de Pitágoras, no se molestaba en aplicar la aritmética a la estricta contabilidad de la caja. Eran los tiempos en que la corrupción solo era un mal que se atribuía a las frutas. Las habas se contaban una a una. Puig i Cadafalch lo defenestró y el intelectual a medias francés y grecolatino cogió un rebote y en 1920 con el rebote cogió también los bártulos, se trasladó a Madrid y se entregó con armas y bagajes a la lengua castellana, a la política

centralista y, cuando llegó el momento, al mismo caudillo Francisco Franco.

El *Glosario* se continuó publicando en el *ABC* y el genio se instaló en una casona de la calle Sacramento, en el Madrid de los Austrias, donde de noche su sombra lenta y maciza se proyectaba contra las paredes de los viejos palacios. Pronto comenzaron a caerle todas las glorias castellanas encima. Fue nombrado académico de la lengua y sucesivamente enmedallado. Uno de sus libros, *Tres horas en el Museo del Prado,* se convirtió en un vademécum imprescindible para explorar ese bosque de la estética. Dice D'Ors: la historia de la pintura se divide en dos, formas que caen y formas que vuelan, y en medio está el *Cristo* de Velázquez. Por supuesto, él era partidario de la pintura vertical, la que cae por su peso, y en cambio D'Ors no hacía sino añadirse vuelos, ropajes, uniformes, hasta erigirse en un fantasma de su propio tratado de angelología. Durante la Guerra Civil Eugenio d'Ors apareció por Salamanca. El ministro de Educación Nacional Sainz Rodríguez le encargó la fundación del Instituto de España. En castellano escribía en barroco. Leía un artículo a la criada y si esta lo entendía, murmuraba: «Hay que oscurecerlo». Y al final solo iba detrás de su disfraz. Si daba una conferencia sobre Goethe, se presentaba en la tarima vestido de Goethe; si hablaba en público sobre José Antonio, aparecía con camisa azul, correajes y flanqueado por mozalbetes de Falange con estandarte a modo de arcángeles. Su honda sabiduría se hizo cada vez más campanuda, emitida con una voz hueca e irónica. Eugenio d'Ors era un tipo capaz de echar su vida por la borda a cambio de una frase feliz, mordaz. Sabía que así se había hecho la historia. Cansado de representarse a sí mismo, un día bajó de su propia peana, compró una casa en Vilanova i la Geltrú, junto a la ermita de San Cristóbal, y dejó que la vida lo fuera disolviendo hasta la muerte, un hecho que sucedió en 1954, cuando la luz del Mediterráneo que moldeó a la mujer Bien Plantada comenzaba a ser vulnerada con la llegada de los turistas.

ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO



El maquinista loco
de *La Gaceta Literaria*



Si quieres ser un buen poeta surrealista, elige cualquier poema, a ser posible el más vulgar, lánzalo al aire y como en el tiro de pichón pégale dos escopetazos. Si aciertas a darle de lleno, caerá en tierra roto en pedazos, cada uno por su lado. No hay más que volver a unirlos al azar y serás tú el primero en llevarte una grata sorpresa: habrá germinado un poema nuevo con versos oscuros, alambicados y siempre vanguardistas. En los años veinte del siglo pasado, el surrealismo obligó a las vanguardias a bajar a las vísceras más viscosas de los poetas, artistas, escritores y periodistas literarios; de las vísceras partieron varios caminos: en política uno conducía al comunismo y otro al fascismo, pero en estética había una tercera vía que llevaba directamente a la locura genial o a la idiotez. En este sentido, Ernesto Giménez Caballero fue un adelantado: unas veces parecía un visionario y otras mostraba todos los síntomas de estar como una chota. Nació en Madrid, en 1899. Se licenció en Filosofía. Fue profesor en Estrasburgo, diplomático, político e ideólogo con muchos vientos dentro del cráneo.

El surrealismo funciona esencialmente en acto, no en pensamiento. Primero se actúa y después se piensa. Se trata de una acción instantánea, automática e improvisada; por eso nunca ha dado grandes obras en arte y en literatura, puesto que en aquellas se rompe el principio en que se sustentan estos: en estos casos, la creación requiere una inspiración elaborada y un largo trabajo sobre el lienzo o la página en blanco. No por lo que escribía, sino por lo que hacía y decía ha pasado Giménez Caballero a la historia de lo más atrabiliario que dio el periodismo en aquella época de entreguerras del siglo pasado.

Giménez Caballero, con Guillermo de Torre, fundó en 1927 *La Gaceta Literaria* a partir de una pequeña imprenta familiar situada en la calle de las Huertas de Madrid, en la misma casa donde se supone que vivió Cervantes. Confeccionada artesanalmente, casi a mano, por ella pasaron todos los creadores literarios del momento. En sus páginas se juntaron la generación del 98, con Maeztu de mascarón; la del 14, con Ortega como dómine de la palmeta; la del 27, con todos los poetas que estaban amasando las últimas tendencias, García Lorca, Alberti, Arconada, Gómez de la Serna, Salinas, Guillén, Antonio Espina, Ledesma Ramos, Dalí, Bergamín, Neruda, Buñuel, Aleixandre,

Antonio Marichalar, todos los nombres que sonaban entonces, en medio de la confusión estética e ideológica, de modo que uno entraba marxista por la puerta de la redacción y salía por la trasera convertido en fascista, en modernista, creacionista, futurista, ultraísta o lo que se llevara esa semana, siempre que fuera detonante o revolucionario. Alberti y Arconada llegaron allí con el brazo extendido y la mano abierta y salieron con el puño en alto. Giménez Caballero dirigía aquel barco de iluminados como un fogonero en la sala de máquinas, vestido con un mono azul eléctrico con muchas cremalleras plateadas. Ortega y Gasset abrió el primer número con el artículo «Sobre un periódico de las letras». Con ese bautismo llevaba ya la consagración.

En ese momento Giménez Caballero oficiaba de socialista, y unos años antes había producido la primera detonación con *Notas marruecas de un soldado,* escrito en 1923, después del desastre de Annual, una memoria de su servicio militar en África que le costó un juicio y la prisión por desacato al Ejército. Pero un día inesperado el socialista Giménez Caballero se transformó en fascista, como Mussolini, que también fue primero periodista y socialista antes que payaso y dictador. ¿Cómo se produjo algo así? Allá por el año 1925, Giménez Caballero había abandonado a la sobrina del cura de El Escorial, de la que estaba enamorado, al conocer en Estrasburgo a una florentina rubia de ojos azules, Edith Sironi, con la que se casó. Con ella partió hacia Roma cuando la ciudad ardía en desfiles, tambores, camisas negras, saludos varoniles y arengas con tonalidad revolucionaria. A partir de ese momento, en el cerebro de Giménez Caballero se formó la gran empanada. Vio pasar estas pompas desde una acera de la Via del Corso hacia el Foro imperial y de regreso a España comenzó a buscar en las covachuelas políticas, redacciones de periódicos, garitos y despachos de Madrid a un líder que hiciera el papel de Mussolini en este país. Rastreó la Cacharrería del Ateneo y las tertulias del hotel Regina, del café de Fornos y de la Granja El Henar. Le propuso semejante paquete a Azaña, pero este no era hombre de revolución. «Un día le llamé tirano —decía el iluminado— al ver que rompía con el mango de un cuchillo el gollete de una botella de vino porque el camarero tardaba mucho en hacerlo con el sacacorchos». También pensó en Largo Caballero, solo porque tenía un porte noble y los ojos claros; luego fijó la atención en Fernando de los Ríos, pese a su barba sedosa de diseño levítico; incluso le propuso semejante destino al inestable Ramón Franco, después de la gesta del *Plus Ultra.* Para aliviarse de ese fracaso, fundó la revista literaria que sintetizó todo el espíritu contradictorio de la época.

En los años que duró, desde 1927 hasta mayo de 1932, todas las locuras tenían su literatura correspondiente en *La Gaceta Literaria.* En ella escribió Giménez Caballero el manifiesto *Carta a un compañero de*

la joven España, germen del nuevo amanecer. La politización del periodismo literario se inició en 1930 y tuvo su expresión en el banquete que le dio Gómez de la Serna en Pombo a Giménez Caballero, con más de doscientos invitados, donde Alberti repartía panfletos contra la *Revista de Occidente* y Antonio Espina blandió una pistola de juguete, la simbólica de Larra, contrarrestada por Ledesma Ramos con un revólver de verdad. Primero la revista colaboró con el advenimiento de la República, pero en ella también anidaron la fundación de las JONS y el semanario *La Conquista del Estado,* de Ledesma Ramos. Todos los grandes escritores y periodistas de élite dejaron en *La Gaceta Literaria* su firma con artículos que luego se convirtieron en libros. La revista le fue arrebatada a Giménez Caballero y poco después pasó a manos de la editorial de la Compañía Iberoamericana de Publicaciones, propiedad del banquero Ignacio Bauer, quien la puso en manos del codirector Pedro Sainz Rodríguez hasta que se extinguió, después de haber sido domada.

Aunque Giménez Caballero, como surrealista, se declarara inspector de alcantarillas, ninguna de sus obras literarias se podía comparar con lo que podía salir por su boca. En plena contienda civil descubrió que el Caudillo era el rey David —breve de estatura pero de estirpe legendaria— con cabeza de músico. «La primera vez que lo vi en 1936, en el palacio del obispo de Salamanca, me pareció que dirigía la guerra como el rey David tocando el arpa.»

Ningún surrealismo llegaba a la altura literaria del hecho real que tuvo lugar dos días antes de la cena de Nochebuena de 1941, invitado en Berlín en casa de Goebbels, a quien Giménez Caballero le acababa de regalar un capote de torero para que toreara a Churchill. Luego, junto al fuego de la chimenea, le expuso la gran visión que había tenido. Se trataba de restablecer la Casa de Austria uniendo en matrimonio a Hitler con una princesa española de nueva planta, nuestra valquiria Pilar Primo de Rivera, pero en ese momento Magda, la mujer de Goebbels, le cogió las manos y le dijo que eso era imposible porque en la Primera Guerra Mundial Hitler, que entonces tenía rango de sargento, había recibido un balazo en los genitales y era impotente.

Acabó su vida con boina roja y correajes, vestido de cartujo, la mandíbula cuadrada y polainas hasta la altura de la genuflexión en busca de Isabel la Católica, como genio de España con banderillas y castañuelas.

CÉSAR GONZÁLEZ-RUANO



La máquina de fabricar calderilla



He aquí un literato que no dejó de sangrar tinta por los dedos de la mano derecha desde que, a inicios del siglo XX, con solo diecinueve años, lleno de talento, decidió ser alguien en este oficio a costa de cualquier sacrificio, provocación, bajeza, desplante, golfería o escándalo, sin detenerse, incluso, en la vera del código penal, que lo llevó a la cárcel en París acusado de alta traición. El periodista César González-Ruano tenía una inclinación irreversible hacia el lirismo malicioso, pero tampoco se contenía a la hora de dar coba al poderoso, al jefe, al benefactor; solía regalar inmerecidos elogios a los colegas amigos y los peores adjetivos a los enemigos literarios o políticos, aunque siempre acababa por salvarle la finura del puñal. No hay mejor ejemplo de escritor que apostara tanto por suicidarse cada día lanzándose al vacío desde la gloria del artículo, que llegó a dominar y elaborar hasta un grado de maestro.

Había nacido en Madrid, a medianoche de un domingo de carnaval, en 1903, en la calle del Conde de Xiquena, situada a la espalda del café Gijón, que sería una de las garitas elegidas al final de su vida para disparar. En los últimos años de su oficio llegaba por la mañana, cuando el local aún olía a serrín mojado, se sentaba junto al ventanal del fondo, el camarero de turno depositaba sobre el velador un café con leche en vaso, el tintero y la pluma; César ponía a mano la pitillera dorada y comenzaba a llenar cuartillas sobre todo y sobre nada, sobre cosas de la vida que no le comprometieran, organillos, farolas, muchachas en flor, castañeras, anuncios y máscaras. Al mediodía acudía el ciclista a recabar la cosecha para llevarla al periódico y a continuación iban llegando los amigos y comenzaba la tertulia. Después de muchos años, a causa de un cabreo, trasladó este rito del café Gijón al Teide, situado en la otra esquina del paseo de Recoletos.

César González-Ruano, de ascendencia cántabra, tenía ínfulas de hidalgo que le llevaron a un amor desmedido por las cornucopias, a recabar falsos óleos y escudos de antepasados en los anticuarios, a anillarse los dedos con sellos dorados, a lacarse las uñas de ave. Siempre fue un flaco con voz de baúl, bigotillo de línea falangista, y un dandismo que se confundía con su lado oscuro de crápula. Precisamente esas zonas de sombra de su biografía que atañen a su perversión sexual, a las noches de orgías y a su desinterés por la moral

hacen de este periodista un personaje muy literario. «Sobre mi conciencia todo, sobre mis espaldas nada», dijo un día. Su inmoderado empeño de vivir siempre por encima de sus posibilidades fue la causa de sus quebrantos.

En medio de aquel légamo de literatos y periodistas golfos de la Restauración, en la olla hervida de las vanguardias de los años veinte, había que hacer algo detonante para sacar cabeza, no bastaba con teñirse el pelo de amarillo y adjudicarse como todos un aire anarquista. Había que ir más allá. Lo de siempre: César o nada. El desconocido César, a los diecinueve años, logró que le dieran voz en el Ateneo en un ciclo de homenaje a Cervantes. La tarde del 2 de febrero de 1922 subió a la tribuna, y cuando se hizo el silencio, soltó el petardo: «Estoy harto de oír aquí a una serie de memos hablar del idioma de Cervantes. Ese Cervantes parece que era un manco, cosa que se confirma, porque el *Quijote* está escrito con los pies». En aquel tiempo estos exabruptos aún excitaban al público y provocaban aplausos e improperios. César estaba contento porque al día siguiente los periódicos por primera vez lo citaban con nombre y apellidos. Pero *La Voz* tituló así un suelto: «A un tal González no le gusta Cervantes». Pese a esta puñalada Ruano comenzó a sonar en las tertulias literarias que jalonaban la calle de Alcalá, donde se estremecían los delirios de los mejores escritores de la época.

Políticamente, durante los avatares de la Segunda República, González-Ruano no pudo sacudirse de encima el talante de señorito, a medias monárquico y amigo de José Antonio, si bien su mejor definición era entonces el esfuerzo agónico que desarrollaba por sobrevivir escribiendo artículos en todas las direcciones, novelas sin éxito, libros de encargo, hasta convertirse en una máquina literaria de fabricar calderilla, obsesionado por que su firma apareciera en cualquier lugar y que fuera audaz, moderna y provocativa, siempre desde un trabajo bien escrito, con lirismo y acidez, para medirse con los poetas elitistas de la generación del 27. Un día se cruzó en la calle con García Lorca, quien le espetó esta desconsideración: «Usted tendrá citada a una de esas Mata-Haris que meriendan bocadillos de jamón». Ruano le contestó: «Hombre, Federico, es que usted solo conoce marineros que meriendan nardos». Disparaba desde *El Heraldo* y *Época,* y posiblemente sus desplantes de señorito contra la izquierda le habrían costado el pellejo si la guerra le hubiera sorprendido en Madrid, pero unos meses antes de julio del 36, cuando todo olía a pólvora, César puso tierra de por medio y se fue de excursión a Roma. Allí le sorprendió la contienda y se quedó de corresponsal del *ABC* de Sevilla durante la guerra, y alternó su trabajo con la vida dulce de crápula en Positano, su bohemia de Via Margutta mientras en España corría la sangre. De Roma pasó a Berlín, una corresponsalía que no

pudo aguantar, y de forma misteriosa un buen día guardó la pluma, dejó el oficio, se trasladó a París, aparentemente sin dinero, y allí vivió uno de los episodios oscuros que cargaría hasta el final en su conciencia, no en sus espaldas.

César en un París dominado por los nazis, en plena guerra, en apariencia solo era un paseante, pero tenía cuatro pisos, uno de ellos un infecto cuchitril donde recibía a gente rara, tal vez sospechosa, desesperada. La Gestapo comenzó a vigilarlo. Un día fue detenido y registrado en medio de la calle. En ese momento llevaba en los bolsillos doce mil dólares en billetes, un pasaporte de una república americana con todos los sellos y formalidades pero con el nombre en blanco, sin rellenar, y un anillo de platino del que había desmontado un brillante de unos nueve quilates. Fue conducido a la cárcel de Cherche-Midi, donde pasó siete meses de interrogatorios, hasta que logró salvarlo del paredón el embajador franquista Lequerica. ¿Proporcionaba pasaportes falsos a los judíos a cambio de joyas para librarlos o para llevarlos al patíbulo? No lo explica en su mejor libro, *Mi medio siglo se confiesa a medias.* Moralmente muy herido, volvió a España en 1943. Se instaló en Sitges, abrazado al alcohol con una mala salud de hierro, al amparo de las editoriales de Barcelona. Algunos amigos catalanes de Destino pensaron para él el primer Premio Nadal, pero se lo arrebató en la última votación Carmen Laforet, una joven desconocida. Volvió a Madrid. Poco a poco César fue recobrando la gloria y los halagos del régimen. Los homenajes. La fama. La radio. La televisión. Los artículos en *ABC.* Y siguió hasta el día anterior a su muerte, el 15 de diciembre de 1965, sangrando tinta por los dedos para convertir su gran talento literario en una máquina de fabricar calderilla. Sentado en el café Gijón una mañana, describió la luz que al entrar por el ventanal convertía en oro el serrín con el que estaban barriendo el local, el oro y el serrín que avanzaban hacia su velador. Una joya.

PEDRO LUIS DE GÁLVEZ



Pícaros, bohemios, sablistas
y hampones



En aquel Madrid de entreguerras, de sardinas de bota y máscaras de Gutiérrez Solana, había poetas cuya inspiración, entre soneto y soneto, antes que nada estaba puesta al servicio de comer algo caliente una vez al día. Si no hay estafador que no sea simpático, tampoco existió entonces ningún bohemio que no fuera un pícaro más o menos ingenioso a la hora de matar el hambre.

A inicios del siglo pasado, en las tertulias de los cafés de la calle de Alcalá y alrededores de la Puerta del Sol pululaba una cuerda de poetas, escritores y periodistas hambrientos, hampones, sablistas y patibularios. En aquella baraja hubo cuatro ases indiscutibles que han pasado a la historia con todo merecimiento. Alejandro Sawa (1862-1909), ciego, loco y muerto a los cuarenta y siete años, debe su máxima gloria a haber inspirado a Valle-Inclán el personaje de Max Estrella en *Luces de bohemia;* Emilio Carrere (1881-1947), hijo de madre soltera y de un famoso abogado, pasó por todas las ideologías, incluso la del manicomio, desde el socialismo hasta el franquismo, con indudable talento literario, aunque su obra maestra consistió en dilapidar la considerable fortuna que había heredado de sus antepasados y no ceder hasta alcanzar la máxima penuria; Eugenio Noel (1885-1936) fue un predicador contra las corridas de toros e hizo de esa misión un medio sagrado y ratonero de vida, y no se sabe si sentía más placer en ser zaherido e insultado por los aficionados que en sentirse glorificado por los antitaurinos como redentor en sus correrías por los pueblos de España.

Hubo otros ases y reyes con méritos indudables en esta baraja, pero ningún naipe puede compararse en grado de ingenio y miseria a Pedro Luis de Gálvez. Había nacido en Málaga en 1882, hijo de un general carlista; se fugó de un seminario, ingresó en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, quiso ser actor y en cierta ocasión su padre lo bajó del escenario del Teatro de la Comedia a garrotazos en plena función. Su carrera pública se inició al ser condenado a catorce años de cárcel por proclamar en un mitin contra la monarquía que a Alfonso XIII le supuraban los oídos. Fue en Cádiz en 1904. De aquel quilombo huyó vestido de cura, pero fue capturado por la Guardia Civil en un pueblo cerca de Córdoba y llevado a la cárcel de Ocaña, donde desarrolló la actividad de amaestrar ratas al tiempo que escribía versos que gustaban mucho a uno de los carceleros. La fama

fue a visitarle a la propia celda. Aquel carcelero ilustrado insistía en que se presentara a un concurso de cuentos promovido por el periódico *El Liberal* y se ofreció a mandar el escrito de forma clandestina al jurado. El preso renuente, por fin, escribió un relato titulado *El ciego de la flauta,* que ganó el primer premio. Fue un bombazo. El éxito literario ablandó el rigor de la justicia y Pedro Luis de Gálvez, indultado, se presentó triunfalmente ante los corros de poetas y literatos de la calle de Alcalá exigiendo su parte de la tarta de la gloria.

El héroe comenzó a llenar de versos y artículos los periódicos de la época. Su protector, el gran periodista Miguel Moya, director de *El Liberal,* le envió de corresponsal a Melilla, más que nada por quitárselo de encima. Pese a que había comprado unas mulas para el ejército y después las había revendido en propio beneficio, Gálvez regresó a Madrid con una medalla militar. Sus sonetos dedicados a cualquier prohombre siempre precedían a un certero sablazo; sus artículos líricos y relatos nunca estaban a la altura de su ingenio de superviviente, que solía acompañar con una puesta en escena imaginativa de carácter necrófilo.

Ha pasado a los anales de la picaresca la secuencia macabra, auténtica o falsa, que realizó en el café de Fornos, donde se presentó con un hijo recién nacido muerto dentro de una caja de cartón oculta bajo el gabán que mostraba en las mesas pidiendo caridad para su entierro. O el rito funerario que oficiaba a medias con su compinche Gonzalo Seijas. Juntos explotaban el negocio de la extremaunción. En cualquier buhardilla costrosa, uno de los dos se hacía pasar por agonizante; llamaban a un cura para recibir los santos óleos y este avisaba luego a la asociación de damas protectoras de los moribundos, las cuales siempre dejaban unos billetes debajo de la almohada para el entierro y los funerales. La pareja de agonizantes se iba luego a celebrarlo a cualquier colmado.

Sin que nadie supiera la razón, Gálvez desaparecía de escena una larga temporada y de repente volvía, casado con hijos, o soltero, precedido de las hazañas que de él se contaban en sus correrías por Barcelona. De hecho, en algo había cambiado: ahora los sablazos ya no eran de uno, sino de nueve duros, uno por cada hijo, según decía. En otra de sus fugas llegó un rumor a las tertulias de que se había casado con una marquesa que lo mantenía. Mientras tanto, sus escritos se leían en los periódicos, y en los banquetes de homenaje declamaba versos, unos muy inspirados, otros con cuyos ripios bien pudo volverse a construir un acueducto como el de Segovia.

De pronto, un día en aquel Madrid brillante como el vientre de una sardina hizo acto de presencia la Guerra Civil, como un incendio esperado, y aquel poeta y periodista bohemio cambió las lañas, el

chambergo y el cuello de pajarita por el mono azul de miliciano, con un cincho del que colgaba un pistolón de mando en plaza. Se habían terminado los sonetos. Cuenta Ramón Gómez de la Serna que un día lo vio pasar por delante del Lion d'Or así equipado y le saludó con la mano en la culata. Esa imagen fue el principal motivo que le movió a exiliarse a Buenos Aires.

El misterio de Pedro Luis de Gálvez en medio del incendio revolucionario de 1936 no ha terminado de aclararse. Según sus enemigos, el poeta bohemio se dedicó a vengarse de cuantos le habían humillado durante sus tiempos de penuria. De hecho, se convirtió en dueño y señor de vidas ajenas y ejercía el castigo o el perdón magnánimo a merced de su capricho. Uno del que presumía haber salvado de la muerte era Ricardo Zamora, el mítico portero de fútbol, a quien sacó de la prisión y desde un balcón lo presentó a la plebe: «Este es mi amigo. Me dio de comer. Que nadie lo toque. Lo prohíbo yo». Las escenas patibularias de Gálvez durante la Guerra Civil entran en lo más patético de la historia negra. Era como el Rubio de *La malquerida,* un infeliz que solo quería mando y que al parecer ejercía el papel de verdugo y de salvador a partes iguales. Libró de la cuneta a Ricardo León, a Emilio Carrere, a Pedro Mata; en cambio, unos afirman y otros niegan que tuvo personalmente que ver en la muerte de Muñoz Seca. «¡A este dejádmelo a mí!», gritaba. «Honradísimo, Gálvez, honradísimo», contestaba el humorista. Pero, según Gómez de la Serna, este lance es inverosímil porque Gálvez nunca ordenó la muerte de alguien, como en este caso, a quien había dedicado un soneto. Finalmente probó su propia medicina, esta vez por el bando contrario. Cuando al final de la guerra fue capturado por las tropas nacionales, Pedro Luis de Gálvez tenía enmarcado en su habitación un gran retrato de Franco creyendo que este talismán lo salvaría. Murió fusilado en la cárcel de Porlier el 30 de abril de 1940.

ÁLVARO CUNQUEIRO



Comulgar con una empanada de lamprea



Una incierta noche de niebla, en una venta a las afueras de Mondoñedo, el doctor Castroviejo y el escritor Álvaro Cunqueiro ante dos botellas de vino ya terciadas, hablaban de sus cosas, de canónigos de Santiago ahítos de capones con chocolate, de un rey de Borgoña que devoraba pulardas cocinadas por un santo llamado Émilion, de princesas frágiles emparedadas en un castillo de la Bretaña. Cada uno añadía de su propia cosecha una nueva fantasía extraída de la Galicia profunda, por ejemplo, la sagrada eucaristía de la empanada de lamprea, hasta que dieron por terminada la plática y se levantaron de la mesa turbios de alcohol.

Al salir de la taberna tuvieron que atravesar un bosque de hayas de tronco pálido para llegar a casa. Perdidos en la niebla, de pronto, les sorprendió el sonido de una campanilla de viático que abría el paso a una procesión de fantasmas con hachones encendidos. Cunqueiro exclamó: «Amigo Castroviejo, estoy viendo a la Santa Compaña vestida con túnicas blancas». Castroviejo contestó: «También yo estoy viendo a la Santa Compaña, pero va vestida con túnicas rojas». Entre los dos se inició una disputa de borrachos. Uno decía que era blanca, el otro que era roja la vestimenta de la muerte, y ambos caminaban dando tumbos, apoyados mutuamente para mantenerse en pie. Después de una larga controversia, Cunqueiro halló el motivo del desacuerdo: «Ahora caigo, amigo Castroviejo, yo veo a la Santa Compaña blanca porque he bebido vino blanco y tú la ves roja porque has bebido vino tinto».

En la ciudad episcopal de Mondoñedo, el 22 de diciembre de 1911 nació Álvaro Patricio Cunqueiro Mora, hijo del boticario don Joaquín y de doña Pepita, de profesión sus labores, una de las cuales consistía en contar a sus hijos cuentos de lobos en invierno junto a la chimenea. Los aromas medicinales de la rebotica, el suave y mórbido ambiente de retortas, emplastos y cataplasmas fue lo primero que el niño inhaló mientras las campanas de la catedral tocaban a muerto (una llamada Petra) y a gloria (otra llamada Paula), echando ambas el bronce sobre las calles empedradas. Su padre, aficionado a la caza, solía llevarse al niño con él, y en esas correrías por el monte la criatura aprendió la virtud o el maleficio de las hierbas, descubrió ciertos demonios que se asomaban por los ojos de algunos animales, sintió que los amos principales de la tierra eran las brujas y los gnomos.

El mundo entero solo era Mondoñedo hasta que el niño Cunqueiro se fue a estudiar el bachiller al instituto de Lugo con otros hermanos, todos guardados, como una clueca, por la madre, doña Pepita. Pero Álvaro comenzó a ser Cunqueiro en Santiago de Compostela, cuando, matriculado en la Facultad de Filosofía y Letras, dejó de ir a clase para asistir con sus compañeros de cuerda a la tertulia de Valle-Inclán en el café Derby; también dejaba pasar las horas de una primera bohemia en el café Español o mataba la noche dando vueltas por las callejuelas empapadas de lluvia con sus amigos, artistas en ciernes, el todavía seminarista Iglesia Alvariño, los pintores Carlos Maside y Luis Seoane, el escultor Xosé Eiroa y Ánxel Fole, que le introdujo en el Partido Galleguista. El joven Cunqueiro solo quería ser poeta y no tenía concebido todavía ningún otro alimento que no fueran el aire y las historias de fantasmas. Llevaba manoseados en el bolsillo del gabán los versos de *Mar ao Norde,* su primer libro en gallego, publicado por la editorial Nós en 1932, con la portada ilustrada por Seoane. Al año siguiente parió *Poemas do si e non,* un título que era la propia alma de Cunqueiro partida en dos. Aquella alegre cuerda de artistas compostelanos amaba su lengua y su tierra, pero todo se fue al infierno cuando la tragedia de la Guerra Civil se llevó por delante aquellos sueños. Unos fueron arrojados al exilio, otros a la fosa común. Cunqueiro hizo funcionar el sí y el no, y finalmente se pasó al bando nacional para salvar el pellejo. Otros galleguistas e incrédulos como él también aparecieron en Salamanca con camisa azul. Torrente Ballester y Eugenio Montes —entre otros— le acompañaron en el salto y con más o menos ardor Cunqueiro hizo lo que era costumbre: participó en la corona de sonetos en honor de José Antonio Primo de Rivera, junto con Eugenio d'Ors, Luis Rosales, Gerardo Diego y Manuel Machado; ensalzó al dictador cuanto hizo falta, dobló la cerviz en beneficio de la andorga, pero Cunqueiro, paradójicamente, se salvó del escarnio ideológico mediante ciertas golferías que demostraban que su genio literario, no exento de fantasía picaresca, estaba muy por encima del régimen franquista.

Dos ejemplos. Cuando Himmler, responsable directo de los campos de exterminio, visitó España en 1940 para proporcionar algunas ideas a la policía política de Franco, el ministro de Asuntos Exteriores, Serrano Suñer, asignó cincuenta mil pesetas a Cunqueiro para que acompañara al jerarca nazi durante todo el periplo y le divirtiera con sus historias. Cunqueiro cogió el dinero y desapareció, dejando a Himmler sentado. Al final de una larga busca y captura, se dice que la policía encontró a Cunqueiro en un prostíbulo de Mondoñedo cuando solo le quedaban mil duros en el bolsillo. Milagrosamente, fue perdonado. Era su gracia. Años después le fue retirado el carné oficial de periodista por otra trapisonda parecida. El embajador de Francia le

había adelantado un estipendio generoso para que escribiera las correspondientes loas sobre el país vecino. No cumplió el encargo. Esta vez se gastó el dinero en empanadas de lamprea, en albariños y en otros yantares que luego le inspiraron uno de sus mejores libros, *La cocina cristiana de Occidente,* una creación llena de imaginación culinaria. También esta vez le fue perdonado aquel lance y pudo seguir escribiendo en los periódicos. «Son cosas de Cunqueiro», decían sus jefes y amigos. Un personaje alcanza la absoluta impunidad cuando cualquier desaguisado que cometa se convierte en una anécdota divertida. Este era el caso.

La necesidad de vivir, de comer, de viajar, de sacar adelante a la familia lo hizo periodista, derramado en miles de artículos, sin renunciar a las fuentes de su inspiración. Mientras daba obras maestras en las que la erudición se abrazaba a la fantasía y al genio de la Galicia secreta, el periodismo le tiraba de las perneras de forma perentoria. Con el tiempo su figura fue tomando un diseño orondo, de papada cultivada por miles de horas de placer y de sobremesas, y así iban saliendo las crónicas del sochantre, los merlines, los orestes, los hamlets, los fantos fantinis, las mocedades de Ulises, tesoros, guías, rutas, laberintos, gentes, cocinas, dragones y caballeros. Su labor periodística le llevó a dirigir *El Faro de Vigo.* En ese tiempo se veía a Cunqueiro sufriendo atado a la noticia miserable de cada día mientras su mente volaba lejos, sobre castillos y palacios encantados, hacia una Italia pretérita, la de los días felices, hacia una Cataluña de la revista *Destino,* donde le esperaban Néstor Luján y Josep Pla para compartir su sabiduría con unas anchoas de L'Escala, más allá de toda ideología que no fuera el placer.

Durante una de sus visitas a Madrid, Álvaro Cunqueiro, ya cascado, almorzó con su amigo Fraga Iribarne, ministro de Información y Turismo. Después de una buena sobremesa de percebes en el restaurante O'Pazo, el escritor acompañó a Fraga hasta el ministerio en el coche oficial. En el momento de la despedida, el ministro le dijo al conductor que acercara al escritor al hotel. Arrancó el coche y el conductor preguntó: «¿Adónde le llevo, señor?». Cunqueiro le ordenó: «¡A Mondoñedo!».

Cuando en febrero de 1981, en Vigo, Cunqueiro entregó el alma a Dios y a los genios del bosque, en Mondoñedo sonaron a la vez las dos campanas. La Petra tocó a muerto, la Paula tocó a gloria.

MANUEL AZNAR



El arte de caer siempre de pie



«Quien a los veinte años no es de izquierdas no tiene corazón; quien a los cuarenta años sigue siendo de izquierdas no tiene cabeza.» Esta célebre frase atribuida a Winston Churchill es la divisa de todos los tránsfugas políticos y da patente de corso a los pescadores en el río revuelto de la historia. Pero una cosa es crecer, madurar y evolucionar dentro de una lógica, un destino inevitable del espíritu, y otra dar saltos mortales en cualquier dirección buscando siempre la mejor garita solo para medrar. El periodista Manuel Aznar Zubigaray, nacido en Echalar en 1894, hijo del organista y sobrino del párroco del pueblo, a lo largo de su vida pasó por todas las ideologías posibles y lució chaquetas de todos los colores con una naturalidad pasmosa, hasta el punto de que podría servir de patrón y modelo de muchos políticos, líderes de opinión y otros tragaldabas ideológicos que dando tumbos desde las posiciones más iconoclastas del marxismo-leninismo, incluido el pistolerismo, se presentan hoy en público, con mayor o menor fortuna, como abanderados del neoliberalismo, del nacionalcatolicismo, del independentismo o del patriotismo español al ajoarriero. El camino inverso suele ser muy raro, reservado solo a algunos locos de remate.

En 1912, como aprendiz de periodista, Manuel Aznar comenzó a escribir en el periódico integrista español *La Tradición Navarra,* en Pamplona. Poco después se presentó en Bilbao con uniforme de soldado de cuota, dispuesto a realizar su primer salto mortal. Sin que nadie halle explicación, de la noche a la mañana, sin tocar banda, abandonó el más rancio tradicionalismo español, quedó abducido por el pensamiento de Sabino Arana y se enroló como redactor de *Euzkadi,* el órgano oficial del nacionalismo vasco más radical. Como buen neófito converso, tuvo que hacer méritos. Manuel Aznar escribió una obra dramática, *El jardín del mayorazgo,* estrenada en el domicilio social de la Juventud Nacionalista Vasca y en el Teatro Campos Elíseos de Bilbao, donde se explayó contra España con insultos y escarnios de una violencia tal que llegó a escandalizar a sus propios correligionarios, quienes le obligaron a retirarla del cartel por haberse pasado de rosca y temer un desaguisado público. Manuel Aznar se casó en Hendaya con Mercedes Gómez-Acedo y tuvo un hijo al que impuso el nombre vasco de Imanol.

En el diario *Euzkadi* escribía sobre deportes, sin otra obligación que

la de ensalzar las gestas del Athletic, hasta que en la Primera Guerra Mundial fue nombrado corresponsal en el frente, y aquellas crónicas le hicieron famoso porque las realizaba tranquilamente sin salir de Bilbao, firmadas con el seudónimo Gudalgai, que en euskera significa recluta. Debió de tener talento y desparpajo. De hecho, alcanzó cierto prestigio como cronista de guerra, hasta el punto de que, años después, en el Ateneo de Madrid, en un acto en honor del mariscal Joffre, vencedor de la batalla del Marne, este periodista, corresponsal impostor, se permitió dar algunas lecciones de estrategia y corregir al propio protagonista en su presencia, según cuenta Indalecio Prieto en el perfil «La ficha de un perillán», escrito contra Aznar con toda la mala baba. Estas crónicas militares «desde el frente» no le impedían asistir cada tarde a la tertulia del café Lion de Bilbao junto con Unamuno, Ramón de Basterra, Sánchez Mazas, Julián Zugazagoitia y otros famosos personajes del periodismo de la época, a quienes sin duda también explicaría el pormenor de cualquier batalla ante una zarzaparrilla.

La hoja de ruta de Manuel Aznar volvió a dar un nuevo tumbo ideológico de ciento ochenta grados cuando Nicolás María de Urgoiti, dueño de la sociedad La Papelera Española, apareció por Bilbao y el periodista le hizo una entrevista. Este prohombre, que pronto se convertiría en magnate de la prensa, debió de quedar encantado —incluso admirado— por la perspicacia del redactor, ya que se lo llevó a Madrid y en 1917 lo nombró director de *El Sol,* el periódico que iba a fundar bajo los auspicios de Ortega y Gasset. Manuel Aznar, con grandes dotes de equilibrista, abjuró del abrupto nacionalismo vasco y esta vez la vuelta al españolismo fue más pastueña. Se trataba de olvidar su pasado de agrio integrista navarro para edulcorarse con un caldo intelectual conservador madrileño. Dirigir aquel periódico, que era el crisol de las mejores firmas del momento, no podía hacerse sin talento o al menos sin mucha cintura.

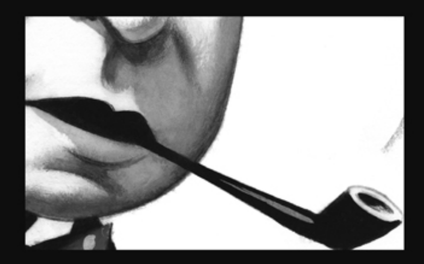
Pero además de periodista Manuel Aznar fue un aventurero. Cuando por luchas intestinas perdió la dirección de *El Sol,* dejó a su mujer Mercedes y a su hijo Imanol en Madrid y emprendió viaje a México en busca de fortuna, y en el mismo barco, durante la travesía, se empató en amores con la baronesa de Alcahalí, una peligrosa valenciana que ya había enamorado al cardenal Benlloch, pasajero del mismo navío y proclive a saltarse el voto de castidad según las malas lenguas. En México, Manuel Aznar se hizo socio de la baronesa en un negocio de cajas de cerillas que llevaban en la tapa el retrato del presidente Obregón, si bien algo hubo de torcerse porque debido a un escándalo financiero tuvo que poner rumbo a La Habana, donde poco después apareció dirigiendo el famoso *Diario de la Marina,* de mucho prestigio.

Manuel Aznar regresó a España para dirigir de nuevo *El Sol* cuando

ya soplaban aires de cambio. Entonces todavía era un monárquico de Romanones, pero al declararse la República, como es lógico, se hizo republicano, se convirtió en acérrimo azañista y luego se pasó al bando de su enemigo Miguel Maura. De pronto, en medio del incendio de la Guerra Civil, se paseaba por Madrid vestido con mono de miliciano, puño en alto, miembro del comité colectivizador de la compañía de tranvías. Sintiéndose amenazado de muerte por los cenetistas, gracias a sus dotes de camaleón logró que lo enrolaran en una delegación a Bruselas para tratar asuntos de la compañía, pero en París dio esquinazo a sus camaradas y decidió volver a Echalar, territorio dominado ya por las tropas franquistas. Sus antecedentes nacionalistas levantaron sospechas entre los falangistas, que le obligaron a huir de nuevo a Francia para salvar el pellejo. Desde allí, como hiciera durante la Primera Guerra Mundial, comenzó a mandar unas encendidas crónicas de las victoriosas batallas del ejército nacional que describía de memoria.

Confiado en que estos fastuosos elogios al genio de Franco le ampararían, sin más bagaje que su pluma mojada en mermelada se atrevió a presentarse en Burgos, donde fue encarcelado y condenado a muerte. Una vez más tuvo que valerse de su arte de embaucador para alcanzar el perdón del Caudillo. Lo consiguió sobradamente. Con las tropas del general Yagüe, junto con Josep Pla, entró en Barcelona, se incautó *La Vanguardia,* que dirigió en un primer momento, y de esta forma comenzó la ascensión de Manuel Aznar Zubigaray en la España nacional, donde alternó la camisa azul de falangista con la casaca diplomática. Repleto de cargos y honores, escribió la *Historia de la Cruzada* para convertirse en el narrador oficial de todas las hazañas militares franquistas, desde *El Alcázar no se rinde* hasta lo que hiciera falta, y hacerse cargo de la Hispanidad de Serrano Suñer, la Agencia Efe, el *Diario Vasco,* la representación ante las Naciones Unidas y la Embajada de Argentina, para llevar la antorcha de la gloria a la cima a la hora de entrevistar al jefe del Estado en *Franco, ese hombre* la película de Sáenz de Heredia, donde elogió de arriba abajo al dictador. Su hijo Imanol fue un respetado hombre de radio. Su nieto, José María Aznar, ha sido presidente del Gobierno español. Algún gen heredó este político de su abuelo, puesto que de falangista y contrario a la Constitución se convirtió, de la noche a la mañana, en demócrata de toda la vida.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA



El escritor como espejo cóncavo



En cierta ocasión Josep Pla se encontró con Ramón Gómez de la Serna en la puerta del hotel Palace. Llovía ese día en Madrid y Pla, como es natural, llevaba un paraguas. Después del saludo habitual, Ramón no pudo reprimir una greguería. «Abrir un paraguas, querido amigo, es como disparar contra la lluvia», dijo, y Josep Pla quedó admirado. Tal vez esa metáfora ingeniosa podía ser la esencia de la literatura. A continuación, sin darle tiempo a reponerse, Ramón exclamó: «El paraguas puesto a secar abierto parece una tortuga de luto». Pla comenzó a torcer el morro ante semejante ingenio, pero Ramón insistió y antes de llegar a la rotonda del hotel añadió: «La lluvia cree que el paraguas es su máquina de escribir». Ante la sensación de que Ramón podía seguir con veinte greguerías más sobre el paraguas, Pla se plantó: «Ah, no, eso no es literatura, eso es virtuosismo, no me interesa», y se dio media vuelta.

De Ramón Gómez de la Serna se decía que todo lo que se le ocurría lo escribía, todo lo que escribía lo publicaba y todo lo que publicaba lo regalaba, porque sus libros apenas se vendían. Era un escritor virtuoso disfrazado de escritor: el chaleco, la pajarita y la pipa en la que a veces plantaba un geranio, el flequillo ondulado en la frente como de niño con mofletes espesos, su cuerpo en forma de barrilete humano de diseño, bajo el traje a rayas. Su figura se multiplicaba en la cabecera de todos los banquetes, en homenajes a sí mismo y a otros; daba conferencias vestido de torero, con gorro de Napoleón, con medio cuerpo a oscuras, disfrazado de medio ser, con una maleta llena de sortilegios, siempre dispuesto a sacar un nuevo conejo literario de su chistera.

Epatar formaba parte de su trabajo. Ramón presentó su libro *El circo* subido a un trapecio en el Price de Madrid, oficiaba una misa bohemia al amparo de una botella de Anís del Mono en la tertulia de los sábados en la cripta de Pombo, y su estudio en un torreón de la calle de Velázquez era una abarrotada almoneda llena de bolas de cristal, maniquíes, lápidas de cementerio, estampas y retratos pegados al techo, el espejo cóncavo más grande del mundo, en el que se reflejaban distorsionadamente toda clase de cachivaches sacados del Rastro, pisapapeles, máscaras, guantes de goma tocando el piano. En medio de este cúmulo surrealista, Ramón escribía a veces hasta siete artículos diarios, y, aunque estaba al tanto de las últimas vanguardias

de París y en el manantial inagotable de sus libros buscaba la literatura por la literatura arrojándose al vacío desde el alero de su propio ingenio, en el fondo era un señorito castizo madrileño, hijo de una familia ilustre de Cantabria, que deseaba sobre todo despertar admiración en las castañeras y en los menestrales de la Ribera de Curtidores, de modo que nunca dejó de bascular entre el último jeribeque modernista de Montparnasse y la lata de Cascorro. Sucede que si uno va por la vida disfrazado de escritor y busca la fama a toda costa, su propia figura se convierte en un espejo cóncavo que refleja siempre una imagen distorsionada de la realidad. Cuando Ramón se acercaba a hablar con una castañera, esta señora contestaba a sus preguntas dispuesta a complacer, agradar y no defraudar al escritor famoso. La castañera no expresaba sentimientos, sino solo palabras zalameras. En cambio, si se acercaba Baroja, la castañera veía en aquel tipo de boina, barbilla blanca, abrigo medio raído y botas polvorientas a un cliente desconocido que solo quería comprar castañas, y entonces la mujer le hablaba de sus problemas y respondía a sus preguntas con la verdad de su aperreada vida. De lo que se deduce que las castañeras descritas por Gómez de la Serna son falsas y las de Baroja son auténticas. Lo mismo sucede con los personajes y el mundo del Rastro: el de Ramón solo es un juego literario; el de Baroja es un trajín realista de la lucha por la existencia.

En la época de entreguerras la minoría más elitista se aglutinaba en torno a la Residencia de Estudiantes. Allí estaban todos los que debían estar, pero no Gómez de la Serna. El famoso escenógrafo Santiago Ontañón se movía en aquel ambiente. Un día se le acercó Ramón y le dijo: «Me gustaría pertenecer a vuestro grupo. Dile a Lorca que quiero ser su amigo». Santiago Ontañón trasladó esta cuita a Lorca, quien contestó simplemente: «Ese no». Llegar a la amistad con Federico era muy difícil, porque la Residencia funcionaba como una sociedad secreta con un aire muy selectivo. Alguien tenía que darte el espaldarazo; de lo contrario, no entrabas. Me dijo un día Santiago Ontañón: «Por ejemplo, Lorca no quiso conocer nunca a Jardiel Poncela, con el que yo me veía todos los días desde las dos de la madrugada hasta las siete de la mañana. Se lo quise presentar varias veces, pero Federico decía: “No, no; ese es un autor festivo. Es como Taboada o Pérez Zúñiga”. Federico era un juglar, capaz de pasarse meses sin parar de hablar, pero no podía soportar el segundo plano; por ejemplo, estaba en la peña de la Granja El Henar o en el café Lion y siempre se oía su voz entre risotadas. Todo el mundo pendiente de lo que él decía. Pero si de repente otro cualquiera, López Rubio, Carlos Arniches, empezaba a contar algo que se llevaba la atención del auditorio, entonces Lorca decía: bueno, tengo que ir a no sé dónde. Y se marchaba. A la media hora volvía con tema nuevo y recuperaba la

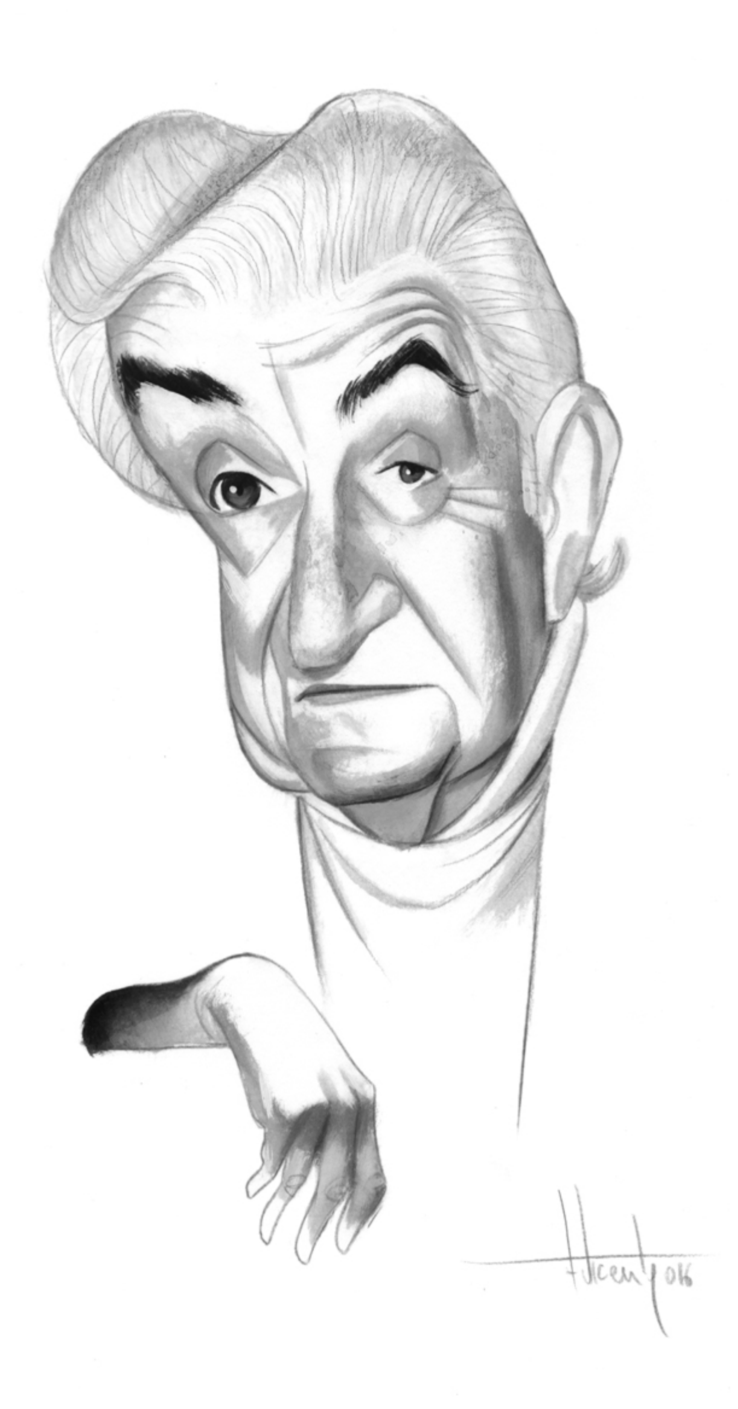
primera posición en la tertulia. En casa del diplomático chileno Carlos Morla cenábamos todas las noches, sobre todo en invierno. En una ocasión me dijo Lorca: “Viene mañana Ramón Gómez de la Serna. No le vamos a dejar hablar. Cuando yo flojee, entras tú con lo que sea”. Y, efectivamente, no pudo abrir la boca el pobre hombre, fíjate, el sumo pontífice de Pombo. Pero al salir, ya en la calle, a Federico le dio pena. “Pobrecito, vamos a dejar que se suelte.” Y en la esquina de Velázquez con Alcalá le dimos cuerda. Y Ramón cogió carrerilla y nos tuvo tres horas de pie largando por la lengua a borbotones. Entonces las únicas diversiones consistían en hablar y en comer».

Es lógico que Lorca y Gómez de la Serna fueran excluyentes. Ambos eran predicadores de sí mismos, y cada uno celebraba sus misterios gloriosos o sus oficios de tinieblas desde su propio altar. Ramón escribió más de cien libros en todas las editoriales posibles, miles de artículos en todos los periódicos de la época, sin un momento de sosiego para la reflexión. Apenas cobraba. A un director que no le pagaba le dijo: «Para no pagarme tengo más importantes publicaciones». Mordía más de lo que podía masticar, pero en medio de su diseño de escritor-atracción circense dejó una obra maestra, *Automoribundia,* sin el brillo del vanguardismo. Ramón apartó a un lado su propio espejo cóncavo y decidió desangrarse contando cómo vivir es una forma de ir muriendo al dejar atrás todos los sueños y contar las cosas como son. Era lógico que su autobiografía descabalgada de todo afán de epatar comenzara diciendo la verdad. «Nací, o me nacieron […] el día 3 de julio de 1888, a las siete y veinte minutos de la tarde, en Madrid, en la calle de las Rejas número 5, piso segundo. […] En otros conatos de autobiografía he mentido, pero ahora […] no quiero comenzar mintiendo, porque no quiero que se dude algún día de todo lo dicho. Quede desmentido el que nací el año 1891, resultando equivocados todos los horóscopos que me han hecho.» También es verdad que murió en Buenos Aires el 12 de enero de 1963. El resto es literatura pura, saltos en el aire, reflejos de cada esquirla del propio espejo roto.

EDUARDO HARO TECGLEN



El pesimismo como estado de lucidez



Era alto, su rostro sombrío emergía de un jersey cuello de cisne, su cabeza poderosa se dejaba ver enseguida en la primera butaca de la tercera fila del teatro en las noches de estreno o sobre la extensión craneal de cualquier cóctel literario, nunca en una manifestación callejera. Tenía un aire de intelectual francés en la retaguardia; daba siempre la impresión de que acababa de leer *Le Nouvel Observateur,* lo último de Sartre, los manifiestos y panfletos que emitían las organizaciones clandestinas. Con el corazón repartido entre el Mayo del 68 y el Vietnam de Ho Chi Minh, hacia el final del franquismo Eduardo Haro Tecglen ejerció de oráculo de la izquierda sumergida desde la revista *Triunfo,* cuyas páginas fagocitaba a través de varios seudónimos. Fueron sus años de gloria, que por otra parte siempre le fue muy esquiva.

En aquel tiempo, llevar la revista *Triunfo* bajo el brazo te definía ideológicamente, era un tic en el que se reconocían los progresistas por la calle, pero ninguno de ellos se atrevía a opinar de nada sin leer previamente la doble página donde Eduardo Haro marcaba la pauta del pensamiento correcto que había que adoptar frente a todas las adversidades de la dictadura.

Nunca escribía directamente de política interior, unas veces por precaución y otras por desprecio. Al final de la década de los sesenta, el ministro de Información Fraga Iribarne había cortado las alambradas de la censura previa, no sin dejar previamente el campo del periodismo sembrado de minas. De hecho, la revista *Triunfo* saltó varias veces por los aires. Ya no había que llevar las galeradas al ministerio del ramo para que un tipo impresentable tachara con un lápiz rojo a su antojo lo que no le gustaba. Ese escarnio había cesado, pero ahora te jugabas la edición entera a los dados que se echaban sobre el hígado del censor de guardia. En defensa propia, Haro Tecglen había desarrollado una maestría al convertir los análisis de personajes y sucesos de la política internacional en un espejo en el que se reflejaban todos los desastres que sucedían en el interior de nuestro país, y en este ardid literario siempre contaba con la complicidad del lector.

Los oráculos suelen habitar en la trasera de los tabernáculos. Así trabajaba Haro Tecglen, bajo un cúmulo de libros y periódicos abiertos sobre la mesa, con las gafas en la punta de la nariz, en la

trastienda de la redacción, el cenicero lleno de colillas cuyo humo extasiado era ametrallado por el teclado de la Olivetti. Mientras Luis Carandell se encargaba de recobrar el surrealismo popular a través de *Celtiberia Show,* lleno de lápidas de cementerio, bares de carretera, bodas y bautizos, funcionarios casposos, santorales y milagros, esquelas y escapularios, capeas en plazas de carros, letrillas de coplas y anuncios macabros, que constituían el costumbrismo hortera o salvaje de la España negra, Haro se limitaba a socavar los cimientos de la sociedad con cargas de profundidad no exentas de amargura.

Venía cargado con los recuerdos de niño republicano, de aquellas acacias de abril que fueron aplastadas por una guerra fratricida. Su inconsciente se trabó en el Madrid triste y famélico que siguió a la contienda, las colas del aceite, el racionamiento, los anuncios de permanganato en los urinarios públicos, con el padre periodista represaliado, encarcelado, condenado a muerte, conmutada la pena y desaparecido en combate en medio de la miseria. La amargura existencial de Haro Tecglen se derivaba de haberse visto obligado durante la posguerra, en sus primeros años de periodista en *Informaciones* y luego como director de la *España* de Tánger, a rendir tributo al dictador mediante crónicas escritas con toda su biología en contra, editoriales y artículos de inserción obligatoria y otros humillantes encargos entre la espada y la pared. Cuando en plena democracia su pluma llegó a convertirse en un acicate perenne contra la extrema derecha, un resabiado se entretuvo en desenterrar de los papeles amarillos de la hemeroteca estas crónicas laudatorias para agraviarle, pero en ese momento Haro Tecglen ya estaba más allá del bien y del mal, solo interesado en vengarse de sí mismo y de la vida propiamente dicha, que tan mal le había tratado.

En sus buenos tiempos de *Triunfo,* la prosa de Haro necesitaba una calamidad para brillar como un diamante. Ya se sabe que los oráculos se crecen con las malas noticias. En su caso, la depresión era un estado de lucidez y su pesimismo antropológico lo convirtió en guardián del muro de todas las lamentaciones. Un pesimista solo debe contentarse con tener la razón y esperar a que las aguas del Dvina bajen crecidas para arrojarse desde el puente como Ganivet. Los que están contentos con la vida no saben lo que se pierden.

De pronto los tiempos comenzaron a cambiar. Muerto Franco, se acabó la rabia. La respuesta del viento que cantaba Bob Dylan trajo un día la libertad y la democracia a España. Desde el derrumbe de la Segunda República, el ideal del regeneracionismo, el recuerdo de la Institución Libre de Enseñanza y de la Residencia de Estudiantes, el orteguismo y el cultivo de las élites intelectuales habían quedado en suspensión en el aire, un afán de modernidad guardado secretamente como un tesoro en la memoria de una generación aplastada por el

franquismo. El diario *El País* sintetizó ese ideal y, según el juicio de Aranguren, se convirtió en el intelectual colectivo que absorbió todo el material de las revistas *Triunfo* y *Cuadernos para el Diálogo* hasta dejarlas sin oxígeno.

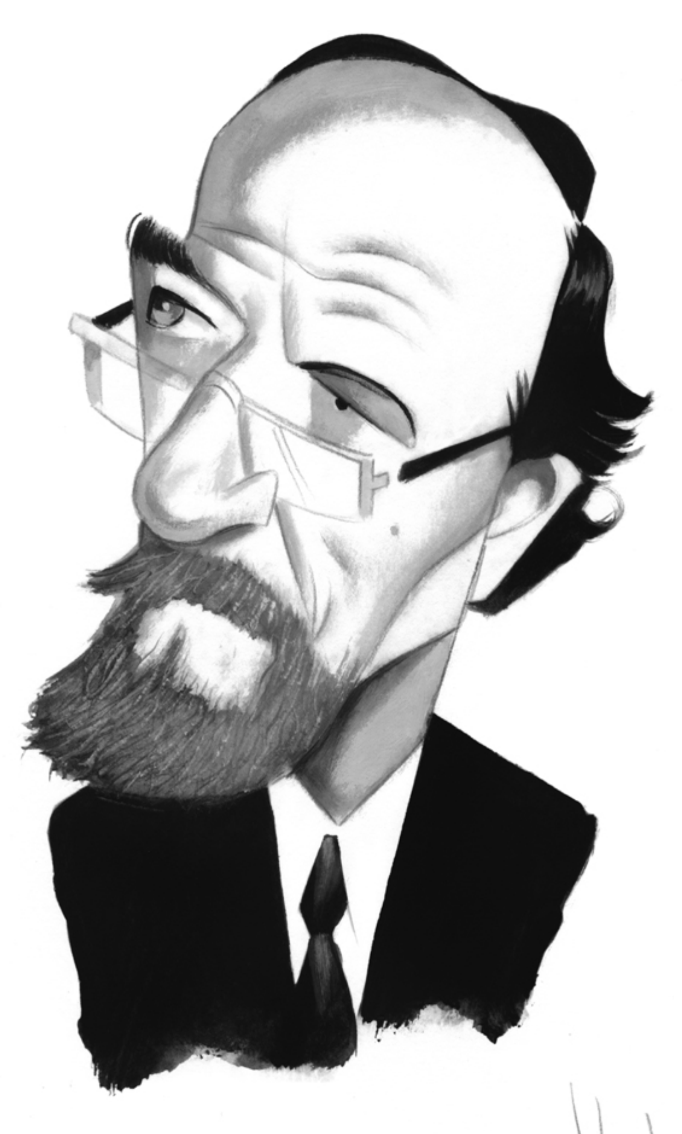
Periodistas, escritores e intelectuales que escribían en esas revistas pasaron a hacerlo en este periódico, Haro Tecglen el primero. Como editorialista, redactor todoterreno y crítico de teatro resistió con lucidez pesimista el festín de la libertad. Su oficio de rompeguitarras pronto llegó a captar todo el desencanto que sobrevino al socialismo, y cuando fue relegado a un rincón de las páginas de televisión, lo que según Tom Wolfe supone la muerte de un escritor, el talento de Haro Tecglen convirtió esa columna trasera en la mejor garita desde cuya aspillera disparaba incluso contra el editorial de su propio periódico. Haro Tecglen era como ese maqui perdido en la serranía o tal vez como ese japonés abandonado en una isla que nunca aceptaron que la guerra había terminado ya y disparaban contra los aviones que creían de combate cuando en realidad iban cargados de turistas.

La mayoría de lectores de *El País* abría el diario por su columna, el mejor homenaje que se le puede hacer a un periodista; unos para comprobar la intensidad del vitriolo con que zahería a la extrema derecha y los recuelos del fascismo, otros para asimilar su resentimiento y amargura como un lenitivo de la vida. Era escaso en el elogio, medía su cordialidad con los compañeros con talento, guardaba un silencio impenetrable ante los imbéciles, se encogía de hombros frente a la adversidad, usaba la ironía como refugio de su inteligencia nunca suficientemente valorada. La vida le dio a probar el lado más aciago de eso que se ha dado en llamar familia, pero dentro de la hecatombe, a veces los hijos también engendran a los padres. Uno de sus vástagos, Haro Ibars, nunca dejará de brillar como una de las estrellas de aquel tiempo, cuando parecía que cualquier paraíso estaba al alcance de la mano. Haro Tecglen era un intelectual de izquierdas sólido, comprometido solo con su inteligencia, sin partido ni beneficio, movido por el estímulo de ser un perdedor. En esto no admitía rivales: era el perdedor que primero entraba en la meta.

LUIS CARANDELL



La historia es una anécdota



En contra de su apariencia, suéter de grano gordo, entre mexicano y tirolés, barba de candado, hueso ancho y pretina del pantalón un punto destartalada, a pesar de su cabeza de leñador normando, este era un periodista con gustos de taberna de azulejos con cabezas de toros, dotado para la tertulia literaria, donde se imponía como propietario de un caudal de historias curiosas. Literariamente se alimentaba de insignes meteduras de pata, chorradas de gobernador civil, burradas de alcaldes, sandeces de diputados y otras salidas de pata de banco. La historia no es más que una prolongada anécdota y los héroes en el fondo son una fuente de chismorreos. Le hubieras arrancado una muela y Luis Carandell habría sido incapaz de escribir una frase grandilocuente, un pensamiento rotundo o un juicio enfático. Tenía de España una visión de chiringuito, de corrala o sacristía, con una deriva natural hacia ese lado menor de la vida, de los sucesos, de los personajes. Así construyó un mundo propio, asentado en un costumbrismo esperpéntico, de lápida funeraria, de refraneros de calendario zaragozano, coplillas de ciego, sermones de cura trabucaire, apocalipsis de hoja parroquial, con una galería de progresistas de pana rayada, de ejecutivos de Agua Brava y verga de búfalo bajo el loden, de políticos de solomillo al punto o sangrante.

Como cronista parlamentario Luis Carandell se sentaba en la tribuna de prensa en el Congreso de los Diputados con las gafas de zapatero en la punta de la nariz y se entretenía plegando media cuartilla hasta convertirla en un pequeño acordeón mientras abajo, en el hemiciclo, cualquier político iba largando su discurso. Podía tratarse de una oración tecnocrática o de una soflama, de una arenga patriótica con párrafos insignes o de un informe decisivo para la salvación de la cosecha de girasol, o un dictamen inteligente sobre la crisis del ganado lanar. Pero uno podía estar seguro de que Luis Carandell no levantaría la cabeza de la pajarita de papel hasta que no oyera una animalada, un divertido trabalenguas o cualquier ferocidad de trabuco. Solo entonces ponía la oreja en estado de alerta y la nuez le bailaba con la risa bajo la barbilla hirsuta. Lo que más le excitaba era que los caballeros con golilla y la mano en el pecho resbalaran en una piel de plátano. En los primeros años de la Transición este era todavía un país barroco lleno de ingenieros que llevaban el cilicio en el muslo, jefes de empresa con hábitos de nazareno, canónigos con barragana,

aristócratas que guardaban los pasteles de una semana para otra en un cajón de la alacena. Aquí todos los oradores eran aún redondos, los preámbulos de las leyes altisonantes, los locutores enfáticos, encornados y con el pelo cortado a navaja, los programas políticos o espirituales tenían una engolada sonoridad, los líderes usaban fijapelo, era un mundo que la tecnocracia había cubierto de plástico. Pero por debajo de esa columna salomónica con hojas de acanto y pan de oro asomaban unas alpargatas de arriero. Luis Carandell era un especialista en alpargatas de esta clase y en patas de palo dentro de los uniformes.

Aunque en los años sesenta tenía todas las trazas de un progresista libertino, con saque de izquierda, este periodista no era sino un liberal al estilo decimonónico, una especie de catalán librecambista afincado en Madrid, como si hubiera llegado a la capital a vender una partida de la mejor pañería de Tarrasa y, después de colocar todo el muestrario, se hubiese quedado de chateo, abandonando el negocio, para levantar acta literaria de los boteros de la calle Segovia, de las churrerías de la plaza del Carmen, de los menestrales galdosianos, de las tiendas de ortopedia o de lencería fina y de las cafeterías con el mostrador lleno de porras de desayuno para funcionarios donde se servían cafés con leche cortos de café en taza mediana, con leche caliente y fría mitad y mitad. O si se prefiere, Luis Carandell también parecía ese boticario antiguo, un poco anticlerical, con ceniza de cigarro en la pechera o con la camisa quemada por las brasas de la picadura, uno de aquellos que hacían versos sobre curas y políticos, rosarios de la aurora, crímenes pasionales y venganzas de caciques. Iba vestido con un desaliño de profesor que lleva un semestre sin cobrar, con un punto de bohemia natural, el zapato empolvado, el pantalón fláccido, la chaqueta arrugada, todo un poco devastado, como si acabara de llegar por la estación del Norte después de un largo viaje en tren de carbonilla con una caja de mantecadas de Astorga.

Carandell podría asistir a un desfile en la Plaza Roja de Moscú o ir de enviado especial a unas elecciones del presidente norteamericano, podría escribir un reportaje acerca del hambre en Biafra o sobre el tedio alcohólico en Dinamarca sin descomponer su figura. Habría sido incapaz de escribir un párrafo sobre geopolítica, moralismo del Tercer Mundo o metafísica nórdica. En el desfile probablemente se hubiera fijado en el soldado que perdió el paso delante de la momia de Lenin, desde Nueva York contaría que a la mujer del candidato se le subió la faja cuando repartía una tarta de cerezas a unos niños desamparados, en Biafra le bastaría con el chiste macabro que contó un embajador suramericano, y en Dinamarca relataría una partida de mus en un iceberg, todo menos engolar la voz y manifestar una ideología

extremista con que pillarse los dedos. Este liberal de ojos grises e inteligentes en medio de una cara adusta que parecía tener más huesos de lo normal poseía la habilidad de caer bien a todo el mundo. No tenía enemigos. Navegaba entre dos aguas. Sin embargo, era un desmitificador muy duro, a veces incluso sangriento. Bajo esa risueña pose costumbrista de almanaque y estampita religiosa era un destripador de muñecos, un escritor capaz de convertir una misa papal o una sesión del Consejo de Estado en una escena de chiringuito.

Había nacido en Barcelona en 1929, se licenció en Derecho y comenzó a ejercer periodismo antes de cumplir los veinte años. Procedía de una familia que había ganado la guerra. De hecho, su padre, que había llegado a Barcelona procedente de un pueblo de Tarragona y que de chaval se ganaba la vida sacando con la boca las monedas que los curiosos le echaban en la dársena del puerto, llegó a ser un gran plutócrata. El niño Carandell pasó la Guerra Civil en Burgos y compartió los juegos con la hija de Franco, pero los avatares de la vida llevaron a la ruina a su familia y no por eso Luis Carandell perdió el estilo de haber vivido en una casa que tenía un teatro propio. Se notaba que había lucido esmoquin a los dieciocho años en un palco del Liceo y en las fiestas de la burguesía catalana. La clase le venía de lejos, incluso la sabiduría de sentirse un desclasado. Tenía un aire cosmopolita de haber sido corresponsal en Egipto, Israel, Oriente Medio, Japón y la URSS y enviado especial en medio mundo. Aunque su primer éxito fue su libro *Vivir en Madrid,* se hizo famoso por su sección *Celtiberia Show,* un esperpento surrealista que conducía en la revista *Triunfo.* Después escribió santorales, historias de diputados en el Congreso, del que fue cronista parlamentario, memorias y otras andanzas costumbristas de su absoluta propiedad, y fue conductor de un telediario de autor en el que daba preferencia a un soneto de Quevedo frente a un bombardeo del canal de Suez. Todo puede permitirse en este mundo, salvo no ser divertido. Murió en agosto de 2002.

FRANCISCO UMBRAL



El estilo como venganza



Como tantos otros, el joven provinciano llegó a Madrid a principios de los años sesenta del siglo pasado con la idea obsesiva de construirse como escritor. Era alto, pálido, con una muesca carnosa en la mejilla. Traía de Valladolid la voz profunda y la cadencia rítmica en el oído de innumerables poetas leídos mientras trabajaba de botones y oficial de tercera en un banco. Tenía una pequeña experiencia de periodista de radio en una emisora de León, y lo demás eran recuerdos de paseos de adolescencia con los compañeros en mañanas de domingo por el parque de Campo Grande hablando de versos, mirando a las chicas inasequibles de la burguesía que salían de misa. En el subconsciente le había quedado la herida oscura de una infancia lacerante que se esforzaba en olvidar, hasta que al final logró convertirla en literatura. Desde *El Norte de Castilla,* Miguel Delibes le había dado la bendición antes de partir a la aventura, era su neófito predilecto, sin duda el más dotado para hacer bailar las palabras a su antojo. «Umbral escribe con la facilidad con que mea», dijo Delibes. Era un elogio. En algún caso de desánimo, Francisco Umbral siempre se sintió amparado por la sombra benévola de aquel tótem, probablemente el único al que respetó. En Madrid, el joven provinciano rindió la primera visita al inevitable café Gijón, gabarra de náufragos hambrientos de gloria y alimentados con arenques, una botillería que durante muchos años sería su baluarte y rampa de lanzamiento. Hubo un primer itinerario por el Aula Pequeña de poesía del Ateneo para medirse como poeta, por la boca de la manguera del ministerio de Fraga donde manaban unas pocas monedas, por la cafetería del Instituto de Cultura Hispánica para ligarse a alguna extranjera llevándosela al Prado, después al Mesón del Segoviano y por fin al huerto. Durante esta travesía de Madrid, que sería su primera y mejor novela, comenzó a derramarse en artículos que sembraba en cualquier papel que los aceptara, sin ideología alguna, ni roja ni azul, que no fuera la de apacentador de verbos y adjetivos. Ante todo, ritmo y sonido. «Como Sinatra, yo no vendo voz, vendo estilo», decía. Quería ser escritor por dentro y por fuera. Pasaba media jornada alimentando su figura y la otra media destruyéndola. De esta forma, al final se fabricó la imagen de escritor romántico e inactual con el abrigo muy largo de terciopelo negro entallado y el complemento anglosajón de la bufanda roja hasta las rodillas, un Baudelaire, un Marcel Proust, un Oscar Wilde, según la

moda de temporada.

No rechazaba el escándalo, siempre que fuera solo literario. La novela *El Giocondo* le proporcionó alguna bofetada y el odio de algunos amigos traicionados que le sirvieron de modelos en aquella galería de fantasmas de las noches del Oliver, el Gijón y Carrusel. Quería demostrar que en literatura todo es lícito, nada es bueno ni malo, siempre que esté bien escrito. El primer salto cualitativo lo dio Umbral cuando Vergés, a instancias de Delibes, le abrió las páginas de la revista *Destino,* donde Josep Pla, Perucho, Álvaro Cunqueiro y Néstor Luján habían puesto muy alto el listón de un periodismo con censura. Umbral se midió con ellos sin desventaja. Con *Las ninfas* ganó el Premio Nadal.

El Narciso de este escritor armado de periodista se miraba en el estanque y lanzaba en él su artículo de cada día. El impacto siempre se producía sobre su propia imagen. La intensidad de su inspiración iba perdiendo fuerza a medida que las ondas literarias se alejaban de su ego, de aquello que a él le sucedía por dentro o por fuera. Él, solo él. En los salones se limitaba a pasear su persona como un espejo para que se reflejaran sus admiradores. Entonces escribía en *Hermano Lobo* y en el *Triunfo* de la última época, ya despolitizado.

Hubo un segundo salto, el definitivo, cuando Juan Luis Cebrián, el director del diario *El País,* recién fundado, le llamó para que escribiera una crónica social como la de Alfonso Sánchez Martínez en *Informaciones,* que ponía en letras versales los nombres de los personajes de la buena sociedad en las tardes de hipódromo, en los estrenos de teatro y en los festivales de San Sebastián. Umbral sustituyó las versales por las negritas. Fue el éxito periodístico y literario de la Transición. Creó una crónica social achampañada, llena de burbujas, de alto estilo literario, con una libertad y una falta de respeto admirables hacia el idioma, las formas urbanas, la política. Llegaba Umbral disfrazado de escritor a cualquier sarao y la gente le hablaba con frases hechas a su medida con la esperanza de verse citada con su nombre en negritas al día siguiente.

Necesitaba alimentarse de personajes. Umbral los fabricaba literariamente con solo reflejarlos en su espejo. Ninguno era real. Tierno Galván, Carrillo, Dolores Ibárruri, el padre Llanos y El Pozo del Tío Raimundo, Carmen Díez de Rivera por el lado de la izquierda; Pitita Ridruejo y las niñas pirujas y gangosas de Serrano por la derecha, como *Por el camino de Swann* o por el de Guermantes, de Proust, salvo que a Umbral le importaba un bledo la ideología, solo la estética de enamorar con la literatura a una musa cambiante, que podía ser Ana Belén o la actriz de turno.

Fueron pasando por su vida sucesivas rebeldías. Frente al castellano machihembrado de Miguel Delibes, algunas de cuyas palabras sonaban

todavía a terrón de labriego, Umbral tenía un ángel lírico, libre y violento en cada yema de los dedos con que machacaba el teclado de la Olivetti según se levantaba de la cama ese día, unas veces marxista a la violeta, otras revolucionario, liberal, fascista, lambiscón, perdulario, machista, faltón, tierno o provocador, solo a condición de que el artículo fuera una pequeña obra de arte para subirse a su alero y tirarse al vacío para suicidarse. Pluma sonajero, decían algunos; ladrón de oído, decían otros. Suscitaba filias y fobias, pero tenía golpes maestros en cada pieza escrita con ritmo de endecasílabos. Lo tomas o lo dejas, te lo crees o no. Basta con que me admires.

Cuando las agrias banderías de la política pasaron al periodismo se acabó aquel estado de gracia de las noches del Oliver y Bocaccio en que los escritores, intelectuales y periodistas de cualquier medio e ideología tomaban copas juntos y empujaban el carro hacia el mismo horizonte de la libertad; hubo un mal día en que se establecieron bandos, trincheras y garitas contrarias y comenzó el fuego cruzado, los tránsfugas iban de acá para allá, cada uno detrás de su propia sardina económica. Umbral dejó *El País* y se pasó al enemigo. En *El Mundo* fue recibido como un héroe. Lo mismo había sucedido con Cela. Ambos escritores fueron convertidos en armas arrojadizas, en hombres bala contra antiguos compañeros que habían sido sus aliados naturales.

Francisco Umbral había nacido en Madrid en 1932. El oscuro natalicio, producto del amor, como se narra en los melodramas, fue uno de los traumas que no logró asumir. ¿Madre soltera? ¿Qué pasa, Rouco Varela? Hoy ese hecho puede ser un timbre de gloria. La imposibilidad de ser educado en una escuela pública, el hecho de que su madre se tuviera que enmascarar de tía carnal y le enseñara a leer, a escribir, a elegir libros llevándolo en secreto de la mano a la cultura en medio de la miseria moral provinciana son parte de su mitología. Basta con eso para tenerle admiración y no por los máximos galardones literarios, el Príncipe de Asturias, el Cervantes, con que fue coronado. Se le hurtó la Academia, pero se vengó escribiendo mejor que ninguno. Murió el 28 de un tórrido agosto de 2007 en el Madrid que había conquistado también como una forma de venganza.

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN



El marxismo-pop y la gente derrotada



En 1945, en el corazón de la más dura posguerra, un hombre que había sido policía durante la República, afiliado al PSUC, detenido y condenado, volvía a casa después de haber cumplido varios años de prisión. Vivía en la calle Botella, en el Raval de Barcelona. El hombre subía muy abatido esa mañana con una maleta de cartón a su piso, donde le esperaba su mujer, una humilde modista, y en mitad de la escalera se cruzó con un niño gordito de cinco años. Los dos se miraron muy sorprendidos al verse por primera vez. Así cuenta Manuel Vázquez Montalbán el momento y el lugar en que conoció a su padre.

En el Raval se agitaba un hormiguero de gente derrotada cuyo único afán era sobrevivir. En medio del hedor escalfado de la alcantarilla y de los gritos de buhoneros y menestrales, la radio sacaba a la calle coplas y pasodobles desde los colmados, bares y prostíbulos. El niño creció entre las historias de amor, los lances de pasiones y celos, los sueños imposibles que expandían los dulces boleros por los patios de luces, terrazas y balcones llenos de ropa tendida. Ese fue el primer alimento que nutrió su inconsciente. Concha Piquer cantaba *Tatuaje* y aquel niño no tenía que forzar la imaginación, puesto que eran de verdad los marineros rubios como la cerveza, llegados en un barco, que él veía entrar y salir de los antros de lenocinio. Todos los días se encontraba con mujeres apoyadas en el quicio de la mancebía, con machacas, chulos, pícaros y tipos anónimos silenciosos y humillados que, no obstante, manifestaban en la mirada una rebeldía soterrada ante una libertad reprimida. Leía los tebeos de *El hombre enmascarado,* de *Fantomas* y *Juan Centella;* coleccionaba cromos de futbolistas del Barcelona, Calvet, Seguer, Basora, César y Gonzalvo. El horizonte del chaval pudo ser el taller mecánico, pero su padre, con buen tino, lo matriculó en una academia privada para que estudiara el bachiller y de esta forma el destino se puso a su favor y el chaval pudo llegar a licenciarse en Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona.

Manuel Vázquez Montalbán heredó de su padre la conciencia política de izquierdas. La rebeldía universitaria le llevó a afiliarse al PSUC en 1961, a formar parte incluso del comité central, a cumplir con todos los ritos usuales de la clandestinidad, panfletos, células, consignas, contraseñas, nombres de guerra. Sobrevino la consiguiente redada y dio con sus huesos en la cárcel de Lérida. Muchos escritores

burgueses deben sus principales lecturas al año en que los mantuvo en la cama una tuberculosis de adolescencia. Vázquez Montalbán aprovechó sus tres años en el talego para amueblar su cerebro de marxismo y de todo lo demás.

Al salir en libertad era un joven con vocación de poeta y literato todoterreno, llevaba la pluma cargada con la idea fija de disparar contra la injusticia social, pero este designio tan noble trató de conjugarlo con la necesidad y esperanza de llegar un día a comer y vivir de este oficio, aunque fuera trabajando en la mina de sal del periodismo como un forzado. Parece que en un momento determinado se gritó a sí mismo: «¡A Carlos Marx pongo por testigo que nunca más volveré al Raval!». Logró este empeño, pero el hecho de que no se desclasara y nunca dejara de reconocerse en los suyos cuando le llegó el éxito fue una de sus conquistas.

Vázquez Montalbán era un marxista leninista con retranca, un ejemplar raro de comunista que no quería privarse del humor, del sarcasmo y de la ironía, algo sospechoso en el bloque mental cerrado del partido. Empezó a escribir con seudónimo de forma alimenticia en una revista de corte y confección. Desde el primer momento tuvo una obsesión que logró cumplir hasta el final de sus días. En cualquier empresa donde escribió lo primero que exigía era que le dieran de alta en la Seguridad Social, producto de la inseguridad que llevaba inoculada en el cerebro. La pluma de este periodista superdotado comenzó a disparar a destajo desde cualquier medio que le dejaran. Al final encontró una garita propia. ¿Se puede unir a Marx con Juanito Valderrama y a Lenin con Lola Flores?

Aquellas canciones románticas que salían de los colmados de su barrio, las letras de las coplas, los cromos de futbolistas del Fútbol Club Barcelona, los anuncios de Netol y de Norit el borreguito, los tebeos, los carteles de películas, los rostros de las artistas, el olor de los teatros de revistas del Paralelo formaban un légamo de la memoria y sobre ella se deslizaban los fantasmas que habían perdido la guerra. Ese material fermentado afloró en un reportaje que le dio, de pronto, nombre y fama. Su *Crónica sentimental de España* había permanecido olvidada —o tal vez retenida— varios meses en uno de los cajones de la revista *Triunfo,* hasta que en septiembre de 1971 se publicó la primera entrega con un éxito fulminante. Este material popular, que siempre había sido despreciado por los intelectuales, Vázquez Montalbán lo transformó en una categoría y sin librarlo de la carga de nostalgia lo llenó de claves secretas para entender los sueños derrotados por una dictadura. Fue ese instante de gracia en que logró la inspiración en el campo inexplorado de un marxismo-pop de propia creación.

En el estudio de su casa de Vallvidrera y en su masía de Cruilles en

el Ampurdán tenía tres o cuatro máquinas de escribir cargadas en batería, cada una con un folio en el rodillo. Cumplía puntualmente como un profesional, con su trabajo estajanovista, novelas, ensayos, poemas, artículos, reportajes, crónicas, viajes, a borbotones, con unas facultades extraordinarias de memoria y de talento. *Triunfo, Hermano Lobo, El País, Interviú, Por Favor.* No sabía negarse a ningún prólogo, a ningún encargo. Se había empeñado en demostrar que un marxista tenía derecho al humor; ahora estaba dispuesto a demostrar que también tenía derecho al placer. Pasó de la recia tortilla de patatas y del vino Savin a saberlo todo de cocina y de marcas de whisky. Se hizo gastrónomo. Escribió sobre cocina para hacer un marxismo digestivo y realizar la proeza de enseñar a comer a la izquierda. El hecho de que no lo consiguiera convirtió a Vázquez Montalbán en un escritor romántico.

Los premios le llegaron cuando ya tenía más de cincuenta libros publicados. Todo lo que sabía de marxismo, de libros, de crítica, de cocina, de triunfos y derrotas de la vida lo aplicó en armar la psicología de su personaje más famoso. El detective Pepe Carvalho era el trasunto del propio Manolo. En la pequeña distancia era un hombre tímido, de mirada baja, con tendencia a coger peso. Unas veces lo veías muy gordo y después de una temporada lo veías muy flaco. En la clínica Incosol de Marbella perdía diez kilos y sus ojos desvalidos expresaban la tristeza de no poder darle al cuerpo el placer que predicaba y al que tenía derecho más allá de la ideología. Viajaba como comía, como escribía, de forma compulsiva. Había ganado el Planeta con la novela *Los mares del Sur,* y ya que lo había soñado literariamente el destino le hizo morir en el aeropuerto de Bangkok, el 18 de octubre de 2003, cuando regresaba de Sídney. Como es lógico, Vázquez Montalbán siguió publicando después de muerto desde algún lugar del universo. Cuando años después pasé por ese aeropuerto, pude recordar con gran emoción a mi amigo al subir por la misma escalera mecánica donde él cayera fulminado por un infarto. Esta escalera unía la zona de tránsito con las salas de embarque. Vázquez Montalbán no pudo embarcar. La zona de tránsito era para él hacia el otro mundo, también hacia la posteridad.

El genio literario de Manuel Vicent y el arte de Fernando Vicente se unen una vez más en un magistral libro de retratos.



En este libro aparecen retratados aquellos que, en un tiempo que hoy parece casi mítico, resistieron hasta el final de su vida practicando el periodismo como si fuera un arte. Esta es la crónica de los últimos mohicanos de la literatura en prensa.

Un siglo de brillante periodismo literario separa el exceso desbocado de Blasco Ibáñez y el compromiso social y político de Vázquez Montalbán. Y, entre ambos, deslumbraron el genio creativo de Camba, Cunqueiro, D'Ors, Gómez de la Serna o Umbral; la bohemia imaginativa de Gálvez y del dibujante Bagaría; la rebeldía de Bergamín; el carácter combativo de Maeztu; el talento provocador de Azorín y González Ruano; la lucha interior de Unamuno; la locura genial de Giménez Caballero; la intelectualidad contradictoria de Ortega y Gasset, o la precisión de francotirador de Chaves Nogales.

Estos son solo algunos de los perfiles literarios que cincela Manuel Vicent con su pluma de celebrada agudeza. En ellos nos muestra una visión personal y plena de admiración de todos los corresponsales, reporteros y articulistas que se convirtieron con sus escritos en la conciencia del siglo XX. El retrato certero que hace el autor de estos inmortales del periodismo español contemporáneo será, sin duda, como decía Ortega de Bagaría, el mejor de los que de ellos perdure.

Reseñas:
«Su gusto por el detalle no disminuye la contundencia gráfica. Cuando Vicent habla de algo lo ofrece abierto en la mesa de quirófano.»
David Trueba, *Babelia*

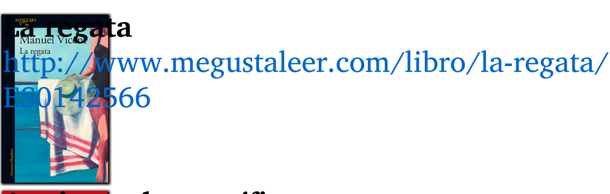
«Vicent cuenta todo lo que debíamos y algunas cosas más con exquisita elegancia, no exenta de virulencia poética cuando hace falta.»
J. J. Armas Marcelo, *ABC Cultural*

«Manuel Vicent es un ameno cronista y un fino retratista.»
Iñaki Ezquerra, *El Correo Español*

Sobre el autor

Manuel Vicent. Nacido en Vilavella (Castellón), ha publicado en Alfaguara novelas como *Tranvía a la Malvarrosa* (1994 y 2014), *Jardín de Villa Valeria* (1996) —ambas recogidas junto con *Contra Paraíso* en el volumen *Otros días, otros juegos* (2002)—, *Pascua y naranjas* (1993), *Son de Mar* (Premio Alfaguara 1999), *La novia de Matisse* (2000), *Cuerpos sucesivos* (2003), *Verás el cielo abierto* (2005), *León de ojos verdes* (2008), *Aguirre, el magnífico* (2011), *El azar de la mujer rubia* (2013) y *Desfile de ciervos* (2015). También es autor de la antología *Los mejores relatos* (1997) y de las colecciones de artículos *Las horas paganas* (1998), *Nadie muere la víspera* (2004), *Viajes, fábulas y otras travesías* (2006), *Póquer de ases* (2009), *Mitologías* (2012) y *Los últimos mohicanos* (2016).

Manuel Vicent en digital



La regata
http://www.megustaleer.com/libro/la-regata/ES0142566

Aguirre, el magnífico
http://www.megustaleer.com/libro/aguirre-el-magnifico/ES0136730

Cuerpos sucesivos
http://www.megustaleer.com/libro/cuerpos-sucesivos/ES0135878

El azar de la mujer rubia
http://www.megustaleer.com/libro/el-azar-de-la-mujer-rubia/ES0137003

Los últimos mohicanos
http://www.megustaleer.com/libro/los-ultimos-mohicanos/ES0144575

Mitologías
http://www.megustaleer.com/libro/mitologias/ES0136951

Tranvía a la Malvarrosa
http://www.megustaleer.com/libro/tranvia-a-la-malvarrosa/ES0135372

Verás el cielo abierto
http://www.megustaleer.com/libro/veras-el-cielo-abierto/ES0136145



Viajes, fábulas y otras travesías

http://www.megustaleer.com/libro/viajes-fabulas-y-otras-travesias/ES0136236



Son de mar

http://www.megustaleer.com/libro/son-de-mar/ES0136134

Desfile de ciervos

http://www.megustaleer.com/libro/desfile-de-ciervos/ES0140145

© 2016, Manuel Vicent
© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-2367-8
© 2016, Fernando Vicente, por las ilustraciones
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice